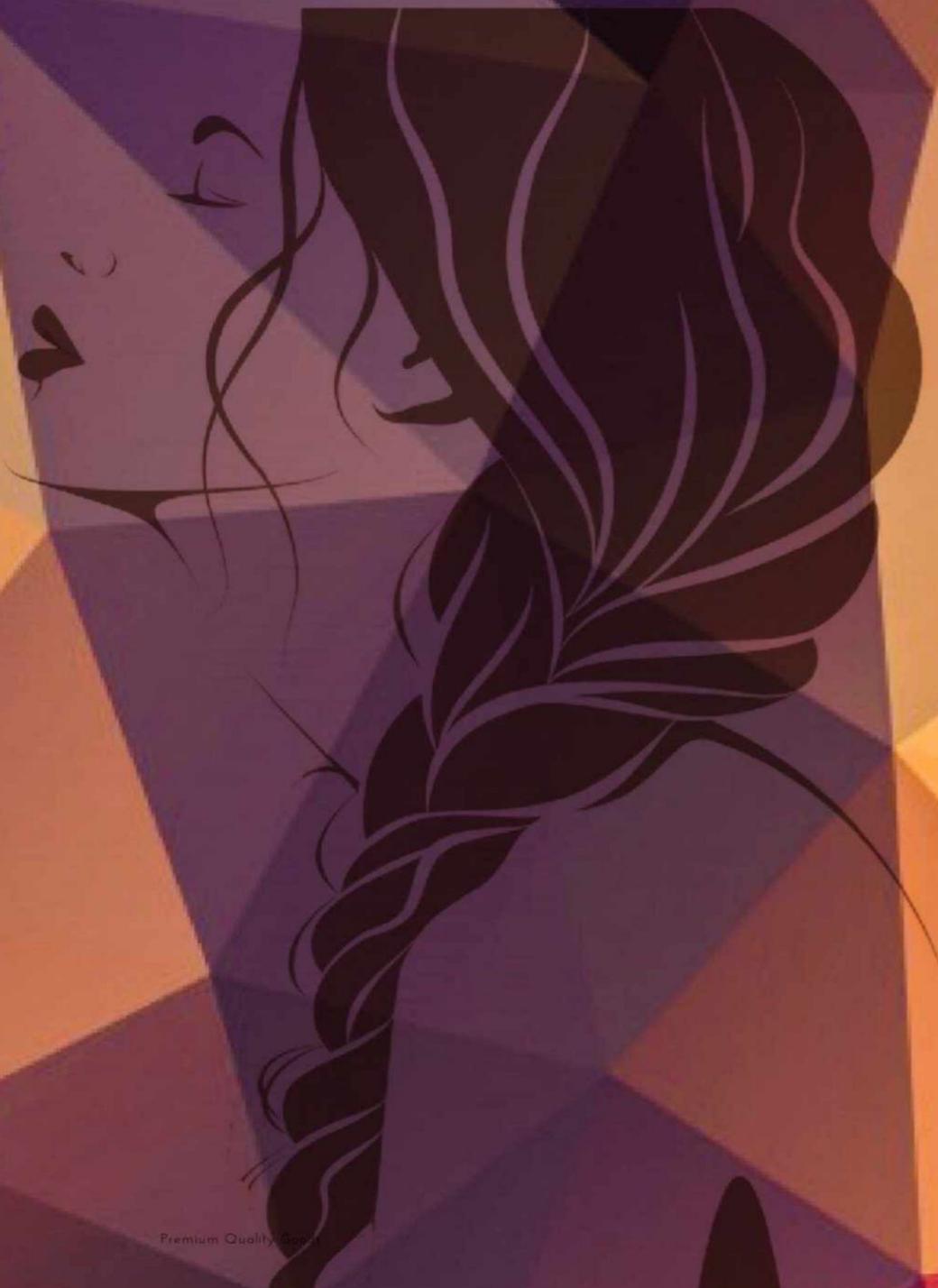


TAYLOR S.



Premium Quality Goods

QUIMERA

QUIMERA

Taylor S

Dedicatoria

Para aquel girasol que con sus pétalos logra que cada cierto tiempo el sol pose sus rayos en mi alma, aunque sea solo por unos segundos.

Junio, 1968

Tormento

Camila

Las curvas de su rostro danzaron tras el mar oscuro del humo de mi cigarrillo mientras la culpa seguía acechando cada fibra de mi ser por el impacto que aún tenía en mi subconsciente y —parte de mi conciencia—, la galaxia con la cuál se cubría su ternura.

Suspiré cansada ante esa imagen taciturna de cabellos negros alborotados siendo parte de la misma noche mientras su pose de musa, seguía siendo mi más grande obsesión.

Cada detalle de su rostro moreno protegido por ese manto particular de lunares que la hacía una especie única de diosa entre sus facciones delicadas.

Esa sonrisa que podía condenar a cualquier ser humano y ni que hablar en el susurro de su voz que solo servía para hipnotizarte cuál sirena.

Todo en ella era una majestuosa antítesis entre perfección y tormenta.

Ella era un verano con complejo de invierno, qué al tener sus dos fases más que claras, hacía que fuese imposible que la olvidaras.

Podía fácilmente engañarte con la simpleza de su nombre tan común y con sus rasgos que a vista de cualquier mundano eran parte del montón de chicas de nuestra edad, sin embargo, cuando eras capaz de compararla con la delicadeza de la noche y te dabas cuenta que ella no era una simple estrella sino que era la mismísima Luna en un mar infinito de oscuridad, ya era demasiado tarde.

Ya estabas completamente perdido.

Con ella descubrí que lo peor no es vivir un amor no correspondido sino que es corresponder aquel amor sabiendo que no debería haber existido jamás.

No obstante, el refugio de mis penas tras aquel tornado de emociones, siempre se encontraba tras una bocanada de culpabilidad y el detalle de que a un año de haberle roto el corazón, ella había encontrado a alguien mejor y se

encontraba feliz con él.

Mis lágrimas aparecieron con violencia mezclándose con la última calada que le di a mi cigarro matutino mientras la mañana se pintaba de dudas existenciales y el típico ajeteo que se presentaba en la capital a estas horas de la mañana.

—¿Otra vez soñando, Castillo? —me preguntó Alicia, quien con su típica minifalda azul y su cabello rubio corto, intentaba borrar cualquier rastro de aquel romance sin dinero que había existido meses atrás.

Entrecerré los ojos por unos segundos intentando negar mis lágrimas, pero ella me conocía más que cualquiera, por lo cuál finalmente desistí de aquella mentira y me quedé observando su mirada que mostraba claramente la poca paciencia que ella tenía conmigo.

La mejor definición para Alicia era revolución.

Todo en ella mostraba la clara revolución del pensamiento que muchos jóvenes vivíamos últimamente. No solo por sus faldas que definitivamente no dejaban nada a la imaginación, ni tampoco por la forma en que su vida sexual esporádica no se enlazaba con amor sino más bien con placer.

No.

Alicia no era tan solo un movimiento que hacía que las personas más conservadoras se persignaran al verla por la calle, ni tampoco era ese argumento violento y enérgico con el cuál era capaz de dirigir las masas del instituto de arte.

Ella era una obra de arte.

De esas que a primera vista lo único que puedes ver es la falta de delicadeza en sus pinceladas, la forma tan frenética en que el pintor mezclaba la poca estética con las emociones catárticas que pudo haber sentido al crear aquella obra.

Pero cuando pasabas con ella más de una noche contando sus lunares o quedándote embobada en que sus senos cabían en tus manos a la perfección, te dabas cuenta que ella era todo y a la vez nada.

Era una sinfonía y a la vez era una cacofonía de roces bruscos entre la serenidad y la efervescencia de sus pensamientos, sus cabellos rubios habían pasado por distintos matices desde el largo más virginal hasta el más irascible tono rojo; sus ojos oscuros no dejaban de mostrarte el cielo y el infierno en una simple mirada mientras todo su cuerpo esbelto decoraba la estancia de Miguel Ángel por la delicadeza de cada zona de este.

Era autoritaria, salvaje y hasta caprichosa, pero a su vez era una soñadora

y una romántica empedernida que no se atrevía a decir en voz alta sus deseos de vivir un amor de novela.

Pasional como nadie y que en conjunto solo se volvía una revolución de todos tus sentidos.

Alicia y yo nos habíamos conocido desde que teníamos memoria debido a nuestra particular compatibilidad en apellidos.

Habíamos sido compañeras de puesto desde siempre en el colegio, aunque aquella niña rubia jamás llegó a ser más que una compañera que no se callaba nunca y que yo veía desde lejos, ya que me parecía indiscretamente irritante.

No fue hasta que nuestros caminos volvieron a unirse en el instituto de bellas artes cuando me di cuenta de que aquella niña de largas trenzas rubias que había robado mis lápices desde que tenía conciencia, se había convertido en una *hippie* que con su insistencia podía hacer pecar hasta al más fiel peregrino.

Extrañamente nuestro pasado no fue el punto de inicio de nuestra amistad sino más bien lo fue el hecho de que ella fuese la primera persona externa que supiera aquel secreto que llevaba ocultando toda la vida y no dudó en jurarme que jamás lo revelaría a nadie.

A 2 años de aquello, ella seguía con su promesa inicial en pie y siendo la persona en quién más confiaba.

Un par de besos dulces atacaron mi espalda desnuda a sabiendas de que solo eran un vestigio de amistad.

Alicia y yo jamás habíamos tenido algún tipo de relación que fuese más allá de la fortaleza de nuestra confidencialidad y algunos momentos donde nuestras hormonas se veían excitadas ante la idea de no pasar ciertas noches a solas, sin embargo, eso no definía la amistad profunda con la cuál vivíamos a diario en el mismo cuarto cerca del instituto.

—¿Me das uno? —me preguntó enarcando la ceja señalando la cajetilla que apenas tenía tres colillas.

Enarqué la ceja antes de reír contagiándome con su propia risa.

—No seas egoísta —chilló tratando de ganar de mis manos la cajetilla y finalmente sacar uno para ponerlo en su boca, ladeé la cabeza divertida antes de notar cómo los pequeños rayos del tímido sol de hoy desnudaban su cuerpo en una suave capa de bronceado eterno—. Es el puto paraíso —dijo antes de sumergirse ante el ocaso gris que traspasó sus labios—. Tú también eres parte de él, bonita —musitó guiñándome el ojo y acercándose la

debilidad de su cuerpo.

Sus contorneados pechos que podían fácilmente convertirse en el pecado original de cualquiera y claramente eran mi tentación cada vez que la veía desnuda.

—Hoy te has levantado temprano —sugirió compartiendo su cigarro y yo negué porque ya no deseaba más, pero la rubia no tardó en robarme un beso lleno de nicotina y la más pura amistad.

Nos habíamos convertido en fieles confidentes lo que hizo que el amor quedara en segundo plano.

Aprendimos a ser amigas antes que ser amantes y por esa amistad justificábamos actos llenos de impureza de humanos intentando construir lazos ante la bipolaridad de no tener ataduras de ningún sentido con quién compartías la cama.

—Tus ronquidos no me han dejado dormir —aseveré antes de que ambas volviéramos a reír como dos tontas por lo que decíamos.

La rubia no tardó en recostarse sobre mi pecho mientras ambas en un estado de desnudez total veíamos cómo la luz del sol se colaba por las cortinas blancas.

—Realmente he vuelto a soñar con Ana —manifesté antes de suspirar y que el humo de su cigarrillo combinara con ese estúpido romanticismo que aún sentía por ella.

—¿Por qué sigues torturándote de esa forma? —preguntó enarcando la ceja—. Ella es feliz hace mucho y tú también deberías serlo —suspiré asintiendo porque tenía toda la razón, pero la culpa no dejaba de acecharme una y otra vez—. No entiendo tu alma romántica y tu afán de martirizarte por cada relación que rompes, eso te pasa por querer algo más que un par de encuentros —objetó antes de volver a calar un poco más de su cigarro.

—No la entiendes porque para ti todo se resume en —no fui capaz de seguir hablando, porque ella me hizo callar al posar sus largos dedos sobre mis labios.

—En sexo y en disfrutar la vida como si fuera mi último día —aseveró con una sonrisa magistral—. Exactamente y tú deberías seguir el mismo camino —negué encogiéndome de hombros, ya que a diferencia de ella, yo si deseaba encontrar a alguien permanente con quién no solo disfrutase de las noches sino también desearla en mis mañanas y en mis tardes, sin embargo, también era consciente de que aquello era imposible.

A pesar de que siempre intenté mantener en secreto aquella atracción

prohibida que sentí desde niña por quiénes no deberían ni atravesar mis pensamientos y durante años traté de tajarla cobardemente con hombres que no me interesaban en lo más mínimo ni que tampoco lograban sacar ese lado pasional que obtenía al demostrarle mi amor a una mujer, nunca fui capaz de callar mi conciencia sobre lo que realmente deseaba y era admirar la anatomía femenina hasta el fin de mis días.

Ana había sido la tercera de una reducida lista de equivocaciones donde me había ilusionado con amores que nunca debí darle alas ante el hecho de que finalmente yo rompería cualquier ilusión de amor que se creó en alguna de ellas.

Siempre justificaba aquello con que era lo mejor, ya que merecían a una persona que no ocultase sus sentimientos profundos por ellas, pero siempre quedaba en mí, la nostalgia y la culpa de que había destruido corazones que solo me habían mostrado su forma más pura.

—Dudo que eso suceda —dije obligándome a dejar de pensar en aquella morena e intentado seguir mi camino sin pensar en ella.

Pero mientras más intentaba alejarme de su recuerdo, más hundida me encontraba en la forma tan discreta en que marcó mi piel.

—Bien —respondió sin más levantándose de la cama y dejando que nuevamente los rayos del sol contornearan su piel firme haciendo que fuera inevitable mi reflejo de morderme el labio ante la belleza que ella desataba con facilidad.

A diferencia de mí que con mi par de lentes, el estrés en mi cabeza y mi cabello desordenado no lograba crear ni una sola gota de sensualidad.

—¿Vas a acompañarnos a la Merced? —me preguntó tirando mis pantalones sobre la cama en su afán de buscar su vestido verde oliva que me fascinaba de sobremanera.

Suspiré levantándome de la buhardilla que se ubicaba en la única ventana de la habitación e intenté pensar en cualquier excusa para no acompañarla a repartir afiches sobre el movimiento.

No era nada nuevo que todo el grupo de teatro de bellas artes viviéramos politizándonos ante las noticias de Francia y de otros lugares. De alguna forma aunque quisiéramos hacerle al clandestino, era inevitable no ir a alguna representación que hacíamos en las fábricas, en los mercados, en las plazas, ya que todos los lugares se habían vuelto nuestro escenario improvisado para dejar en claro que estábamos apoyando al futuro del país.

Alicia se había unido al movimiento mucho antes que yo y como si fuera

una fiel beata ante las frases de *únete pueblo* y *México libertad*, ella no había dudado en involucrarme en esa capa misionera de atraer cuántos peregrinos pudiera a las marchas, a entregar volantes, a informar al mundo que queríamos un cambio y lo queríamos ahora.

Yo realmente no creía que fuésemos a ganar algo con esos gritos desgarradores ni mucho menos que hicieran caso a un par de jóvenes que salíamos a marchar con pancartas, pero siempre trataba de seguir a mi amiga, siendo su apoyo incondicional, además de ser capaces de cierta forma de mostrar nuestro talento en las representaciones.

—¿Tengo opción? —dije finalmente peinando mis cabellos oscuros revueltos sobre el espejo.

Alicia sonrió emocionada por ello antes de volver a robarme un beso.

—¿Quieres ser parte de la representación o repartes afiches? —preguntó a mi espalda por lo cuál enarqué la ceja y me decidí a solo entregar volantes, ya que la última vez que habíamos participado en *Jamaica*, casi nos echaban a la seguridad encima y aunque todos viviéramos de la empatía de ser revolucionarios, yo tenía una beca que necesitaba mantener porque no tenía más opciones para subsistir.

Mis padres se habían esforzado por darnos educación a mi hermana menor y a mí, y a pesar de que tenían la fe de que escogiese algo más importante que actuación, finalmente habían aceptado que mi sueño no estaba en pasar ocultando un talento que era completamente innato.

Había estudiado enfermería por un año entero hasta que finalmente desistí a seguir con algo que no me gustaba en lo más mínimo y que a pesar de que probablemente tuviese más futuro que ser actriz, no había por donde perderse entre lo que amaba y lo que no me interesaba.

—Repartiré afiches —sentenció tomando mi pantalón y la blusa blanca que estaban en el suelo y me dirigí al baño para darme una ducha recordándome que este fin de semana tenía que visitar a mi familia debido a que era el cumpleaños de mi hermana.

Sonreí ante aquel detalle, porque los amaba con todo mi corazón y aunque siempre se hubiesen mostrado bastante comprensivos con lo que yo deseaba, sabía que jamás podría presentarles quién era realmente ya que una cosa era no seguir una carrera que no me gustase y otra cosa totalmente distinta era el hecho de que no viese mi vida ligada bajo la compañía de un hombre.

Mis padres, especialmente mi madre no llegaría a entender aquel detalle y

hasta sin mencionarlo ya era capaz de escuchar sus regaños y cómo sería capaz hasta de prohibirme seguir estudiando para que no me perdiera ante las tentaciones de la capital.

Ya me era suficiente sentir la presión que nacía cada vez que me llamaba y me preguntaba si ya había encontrado algún novio o si estaba viendo a alguien. Me dolía mentirle pero no tenía más opciones ante el hecho de que jamás aceptaría quién era.

Al salir del baño ya vestida, acomodé mis lentes negros y mi cabello para que se mostrara decente o al menos normal mientras como siempre solía ser, Alicia deslumbraba con su belleza y su metro ochenta de altura que nos distanciaba.

—¿Lista? —preguntó y yo asentí con un suspiro carcomiendo mis labios—. Ánimo, ya te vas a olvidar de ella —aseguró antes de besar mi mejilla y salir del cuarto que llevábamos arrendando desde hace casi dos años.

Llegué a aquel cuarto cuando le dije a mis padres que no podía pasar los años que aún me quedaban de carrera entre casi dos horas y media para poder llegar al instituto y aprobaron la opción de que lograra vivir sola después de insistirles por meses para que aquello sucediera aunque ellos aún tenían sus dudas de que había sido una buena decisión.

El mercado de la Merced quedaba en la calle Rosario y se había vuelto nuestro punto de encuentro favorito.

Muchas veces no éramos tan solo los de teatro los que comenzábamos a dar volantes a esas señoras que en su mayoría ignoraban las razones por las cuáles en vez de estar en la calle no nos poníamos a trabajar o nos juzgaban por estar mostrando nuestras piernas en plena luz del día, a veces también eran trabajadores de las industrias de la rotonda, entre otros que como nosotros, buscaban mejorar el mundo o al menos el suyo, alzando la voz hacia la injusticia.

Gritos, reclamos y juicios de valor era lo que siempre ganábamos de esas señoras que iban al mercado y nos veían en menos o si teníamos suerte, nos miraban con pena pensando y deseando que sus hijos no estuviesen jugando a ser revolucionarios, pero ya nos habíamos acostumbrado a ello, de tal forma que a veces nos reíamos de a quién le había ido peor.

Un día una señora me gritó que en vez de agitadora debía estar en mi casa atendiendo a mi marido a lo cuál solo pude pasarle un volante y no dejar de reír por lo irónico que sonaba aquello pensando en que si hubiese sido mi madre aquella señora, probablemente ya estuviese encerrada en casa.

Hoy no era muy diferente a los que escogíamos para realizar nuestras interpretaciones, un pequeño grupo de diez compañeros ya se encontraba con sus carteles y afiches que creábamos bajo el dinero que se utilizaba para las escenografías de nuestras obras.

Nos habíamos acostumbrado a robar de vez en cuando un bote de pintura, papeles, periódicos, lienzos y cualquier cosa que pudiese servirnos para dar vida a nuestro eje revolucionario.

Nos sentíamos los dueños de nuestro destino al hacer tales cosas aunque a la vista de todos eran tan insignificantes e irritantes como lo era escuchar a un vendedor ambulante insistente en que compres sus productos.

—Al fin aparecen —determinó Sergio con sus típicos lentes negros, su camisa celeste a cuadros y ese jean que lo hacía más alto de lo que realmente era.

Los otros que se encontraban reunidos a las afueras del mercado nos vieron llegar con una sonrisa amable, porque apenas dos eran los que no pude reconocer de nuestro típico grupo de drama, con Alicia susurramos apuestas de si eran parte de la UNAM o si eran trabajadores de alguna de las fábricas que quedaban cerca de la periferia.

—Camila no quería salir de la cama —afirmó mi mejor amiga rubia mientras la fulminaba con la mirada—. ¿Ya han organizado todo? —preguntó notando la ilusión en su máximo fulgor entre los ocho presentes.

Como siempre comenzaron a repartirse los papeles de la representación mientras yo esperaba en silencio que aquello comenzara.

Siempre escogíamos a cualquiera de nosotras que se mostrase como una de las señoras siúticas que agolpaban el mercado con sus collares de perlas y su mirada superior, rara vez escogían a Alicia para aquel papel, ya que ella parecía todo menos aquello, por lo cuál hasta a mi me había tocado tomar aquel personaje mientras la rubia solía obtener el protagonismo que deseaba al dejar libres sus ideas.

Casi siempre el acto era el mismo, uno de nosotros compraba un diario y comenzaba a leer las noticias dejando claras sus opiniones al respecto de ello para que luego llegase una señora muy burguesa con sus aretitos de perla y su cara de que iba al mercado solo una vez al mes para comenzar a discutir con nosotros por no estar trabajando o haciendo algo productivo, eso siempre llamaba la atención a las personas que amaban ver los pleitos aunque rara vez llegábamos a los extremos de los golpes, aunque si habían sucedido para lograr captar la atención que tanto deseábamos.

De alguna forma esa representación de apenas unos minutos se había convertido en nuestra obra estelar y la estructurábamos a nuestra manera, pero también vivíamos de la improvisación de que siempre llegaba alguien más para apoyarnos y que ni siquiera era parte de nuestro grupo de teatro.

Era en esos momentos donde nos dábamos cuenta de lo lejos que estábamos llegando al abrir los ojos del resto sobre lo que sucedía.

Eran esos pequeños minutos de realidad en donde nos volvíamos a sentir los dueños del mundo y creíamos que los cambios eran reales.

Y era ese el principal fin del teatro, lograr construir realidades a través de la magia de la actuación.

Alicia volvió a ganar su protagonismo con su vestido corto verde oliva y la forma única en que tenía para dejar en claro sus opiniones frente al gobierno.

Muchas veces me pregunté la razón por la cuál alguien como ella no estaba en alguna carrera política, pero siempre llegaba a la misma conclusión cuando veía sus ojos brillar con cada escena interpretada, ella amaba demasiado ser el centro de atención pero solo si era compatible con lo que creía.

—Estos locos estudiantes toda la vida haciendo nada más *borlotes*, miren nada más y una que vive tan tranquila y tan pacíficamente sin meterse con nadie. A ver ¿qué es lo que quieren?, molestar nada más que eso. Para mí que son comunistas, eso es lo que han de ser —dijo molesta María una chica que iba conmigo a la mayoría de mis clases y que aunque no teníamos una amistad sólida, nunca faltaba a ninguna de nuestras reuniones y era una de las que mejor actuaba entre nosotras.

—Señora, me va a usted tener que aclarar qué es lo que está diciendo porque solo son estupideces —gritó Alicia demostrando su enojo profundo al hecho de que muchas veces esas escenas eran más reales que simples actuaciones.

No tardaron en agolparse las personas para ser partícipes de la discusión mientras Sergio y yo veíamos con una sonrisa lo que sucedía y teníamos listos los volantes a repartir, sin embargo, ante aquella escena planificada llegó algo que ninguno de nosotros esperaba.

—Oiga señora, esta muchacha tiene razón —manifestó una chica que con sus rasgos foráneos y su estuche fotográfico logró captar la atención de todos los que la veíamos—. Tiene razón porque usted no conoce ni los seis puntos que están pidiendo los estudiantes —agregó antes de nombrar cada punto a

los que se refería dejando completamente atónitos a los que estábamos ahí.

Al principio pensamos que se trataba de alguna chica de las otras escuelas de teatro, pero no logramos adivinar a quién pertenecían aquellos grandes ojos verdes que destacaban entre nuestros rostros pintados por la impresión.

La chica siguió hablando mientras cada una de sus palabras resonaban en todos los que estaban presentes, apenas terminó de hablar se nos hizo imposible no mirarnos las caras ante el hecho de que siempre esperábamos que alguien fuera de nuestro grupo lograra darnos la razón, pero aquella chica no solo lo había hecho sino que había convencido a muchos de los que estaban observando de tomar nuestros volantes con una sonrisa interesada en el rostro, y no solo con el desinterés que siempre existía cuando ya la discusión había terminado.

María salió de escena cuando todos comenzaron a abuchearla y entre los volantes que comencé a repartir me encontré a aquella chica que apenas me superaba en un par de centímetros pero su semblante delataba que no era de por aquí.

—Yo también deseo uno —afirmó con una cándida sonrisa dejando que todos mis sentidos colapsaran ante la belleza innata que ella ofrecía con su cabello negro cayendo en ondas largas, sus ojos verdes, su chaqueta jean y su vestido blanco.

Solo pude asentir mientras sacaba uno de los volantes que estaban en mis manos y ella volvió a sonreír.

—Ha sido un gran espectáculo —dijo finalmente antes de arrugar la nariz—. ¿Son actores? —preguntó enarcando la ceja y yo solo pude seguir asintiendo a sus preguntas en mi intento de no perderme en sus ojos que destellaban en color verde más profundo que alguna vez había visto en alguien—. Son muy buenos —agregó antes de sostener mejor el bolso donde estaba su cámara fotográfica—. ¿También lo eres? —preguntó dejando que su voz rasposa traspasara mis sentidos y mi sentido común—. Es interesante su forma de protesta —confirmó antes de sonreír y sacar su cámara—. ¿Puedo sacarles una foto? —dijo finalmente haciendo que frunciera el ceño—. Soy fotógrafa y tengo un proyecto con unos amigos, fue inevitable no ver su escena del mercado —contestó y Sergio y los demás se acercaron a nosotras ante la curiosidad de saber quién era la misteriosa chica.

—Así que tú eres la chica misteriosa —manifestó el pelinegro antes de extender su mano hacia la chica—. Sergio Casas un placer.

—El placer es mío, soy Lauren —confesó con la típica sonrisa que

llevaba enmarcando su rostro desde el principio de la conversación—. Lauren Miller —respondió—. Me ha encantado su forma de manifestarse, llevo varias semanas fotografiando los distintos movimientos que han habido en la ciudad y debo decir que este ha sido uno de los más impresionantes que he visto —dijo tan rápido que apenas pude entender lo que decía—. Y quería saber si puedo sacarles una foto —suspiró finalmente.

—Si quieres puedes venir a nuestras juntas —confirmó Alicia entre risas antes de guiñarme el ojo—. Nos solemos reunir los jueves y los sábados a esta hora —dijo sin inmutarse ante el hecho de que era una completa extraña.

—Me encantaría —confesó antes de sacar un papel de su bolsillo y un lápiz para escribir sobre él—. Este es mi número por si desean algo —afirmó antes de sonreírme y que Alicia recibiera el papel.

—Esperamos encontrarte el sábado —aseveró antes de que volviéramos a la realidad y Sergio nos pidiera que comenzáramos a irnos debido a que la policía ya estaba dando vueltas por el mercado—. Un gusto — reafirmó la rubia antes de tomar mi mano para que comenzáramos a caminar hacia la salida.

—El gusto ha sido mío —comunicó la ojiverde entre gritos, ya que nos habíamos alejado completamente de ella.

No fue fácil ocultar la forma tan poco sutil en que aquella chica me había impresionado, pero en aquel minuto ninguno de nosotros fuimos capaz de dimensionar la tormenta que habíamos comenzado a crear ni tampoco la forma en que ésta finalmente dejaría en nosotros más que un par de gotas de lluvia.

Julio, 1968

Antes de ti

Odiaba cómo el calor se mezclaba con las vacaciones.

Realmente siempre me había mostrado poco aprensiva al calor que se cultivaba en esta época del año, especialmente el que se acumulaba en casa, donde parecía que hacían quizás unos quinientos grados más que él que se mostraba en la capital.

No obstante, también confundía el calor con el eterno aburrimiento que se presentaba cuando regresaba a casa.

Era como si me golpeará con una realidad que no deseaba en mi vida futura.

No es que no me gustase estar con mi familia, sino que me abrumaba el simple hecho de imaginar pasar todos los días de mi vida en una casa donde la única forma de diversión que existía era mantenerla en orden o jugar con mi hermana menor; este detalle era el que siempre me recordaba en mis noches taciturnas, ya que no deseaba estar atada a un hombre ni quedarme en casa.

Deseaba ser independiente, valerme por mi misma aunque eso significase estar totalmente en contra de la idea familiar que tenían mis padres. Ellos siempre quisieron que estudiara, a diferencia de muchas chicas que viven cerca de casa, pero ellos también deseaban que solo saliera de casa con un marido y un buen lugar donde vivir, cosa que era más que imposible.

Mis padres eran la típica pareja que no solía demostrar su amor, pero convivían con paciencia juntos. Mi madre no tenía voto alguno, aunque tampoco es que le hubiese escuchado alguna idea en contra de mi padre.

Siempre aceptaba en silencio todo lo que él decía y aunque los amaba, siempre me sentí extraña ante esa imagen tan cotidiana que en definitiva no quería que fuese parte de mi vida.

Mi padre trabajaba en la línea férrea y desde que tenía recuerdos lo había visto con su típico overol lleno de grasa y la cara cubierta de suciedad aunque sus manos siempre eran capaces de darme el abrazo más verdadero y su amor

hacia nosotras era silencioso pero no inexistente.

Mi madre en cambio se dibujaba en la cocina, no había momento en que no llegase a casa y ella no se encontrase detrás de la estufa o lavando los platos o escuchando —en esa vieja radio que mi padre le había comprado en uno de sus aniversarios—, sus canciones de amor mientras pelaba las verduras.

Y luego estaba mi hermana menor con quien tenía casi doce años de diferencia y quien constantemente se ha mostrado siendo algo que yo no fui, expresiva, extrovertida y según mi madre un hueso duro de roer al tener carácter propio y lograr buscar tener voz en mi casa aunque fuese la menor.

Tal vez por esa característica que siempre había tenido, de buscar su lugar sin importar si se metía en problemas, era la razón por la cuál éramos tan unidas a pesar de todos los años que nos distanciaban.

—Debes recordar que —dijo papá mientras observaba cómo la capital comenzaba a dibujarse entre su ruido que tanto adoraba y las personas ocupando cada rincón del lugar, dirigí mi vista hacia él antes de abrazarlo y sonreír.

—Que tengo que llamar siempre a casa, cuidarme de todo lo malo y que si tuviésemos más oportunidades no tendría que venir a trabajar —contesté enumerando todos los argumentos que él había pasado repitiéndome por casi dos semanas desde que después de largas conversaciones; mis padres habían aceptado que pudiese quedarme definitivamente en la ciudad debido a que el dinero en casa estaba escaseando y Alicia no había dudado en encontrarme un trabajo como mesera los fines de semana y secretaria de lunes a viernes los cuáles iban a aportar unos cuantos pesos extras a nuestro reducido presupuesto.

Mi padre había sido el primero en mostrarse en contra de aquella idea, ya que no deseaba aceptar el hecho de que la vida era muy cara y que su paga no era suficiente para mantener nuestra casa.

Ese fue el primer momento en que escuché a mi madre tener algún tipo de opinión por lo que estaba sucediendo y ella se encontró de acuerdo con que debíamos hacer algo ante la escasez de dinero y la opción de trabajar en la capital fue la más lógica de todas, dándome un punto a favor de mi independencia.

Papá hoy se encontraba con un par de pantalones de lino, el rostro totalmente limpio, una camisa blanca planchada y con una sonrisa que

delataba claramente su poca felicidad por lo que estaba sucediendo, no obstante, también era consciente de que no había más opciones por lo cuál, él mismo me había acompañado en el bus para que no me sucediera nada durante el camino.

Su fase protectora no dejó de sorprender a Alicia cuando la encontramos en el paradero esperando mi llegada con un par de jeans rotos y una blusa roja escotada.

Mi padre suspiró ante aquella imagen y no dijo nada aunque sus ojos no dejaban de gritar a viva voz que *"aquella niña debería dejar de vestirse tan descaradamente sino quiere que le suceda algo"*.

—Es un gusto siempre verlo, señor Castillo —aseveró amablemente mientras mi padre solo se quedó en silencio hasta que se despidió de mí con un nuevo abrazo.

—Cuídate mi pequeña que todos los santos te protejan —asentí devolviéndole el abrazo hasta que nuestros brazos se separaron ante la llegada de su bus de regreso.

—Tus padres siempre han sido bastante sobre protectores —confirmó la rubia antes de reír—. Los míos se alegraron en el momento que decidí irme de casa —confesó encogiéndose de hombros—. Te extrañé —exclamó alegre antes de tirarse en mis brazos con su típico entusiasmo cada vez que me veía—. Al fin podremos ir a todos los panoramas de verano —dijo mientras comenzaba a hablar sobre todas esas aventuras que yo me había perdido cada año al regresar a casa en vacaciones.

—No creo que tenga tanto tiempo —refuté suspirando—. Tengo que trabajar, Ali —aclaré, pero ella jamás había aceptado un no en su vida y solo golpeó mi hombro.

—Me aseguraré de que sea un buen verano —rió antes de besar mi mejilla y quitar un mechón de cabello que caía en mi rostro—. Hasta había olvidado lo guapa que eras —susurró dejando que todos mis sentidos se sintieran inestable ante nuestra proximidad.

La noche cayó con rapidez en el momento en que pude levantarme de la cama después de tomar una siesta ante el viaje cansado que había tenido.

Apenas abrí mis párpados pude encontrar a Alicia peinando su cabello que había dejado crecer de a poco y con un par de pantalones amarillos combinando con una blusa blanca de lunares rojos.

—¿Dónde vas?—pregunté bostezando en un intento de volver al mundo

real, la rubia rió ante mi rostro cansado que probablemente no se veía perfectamente arreglado como lo estaba el de ella.

—Vamos a salir con el grupo ¿quieres venir? —preguntó y aunque mi parte consciente me advirtió sobre los peligros que conllevaba aceptar aquella salida, finalmente solo asentí y me levanté buscando entre mis cosas un poco de ánimo para salir y divertirme—. No parece muy segura —concretó enarcando la ceja y yo solo me encogí de hombros.

—Quiero salir —refuté plantando una sonrisa en su rostro por lo cuál Alicia entró al armario donde estaban sus cosas y sacó un vestido negro que apenas lograba cubrir mi parte trasera, pero ante la mirada de mi amiga no tuve más opción que utilizar su propuesta sin dejar de mirarme al espejo al sentirme incongruente con la imagen que se reflejaba en él.

—Te verías más sexy aún, sin lentes —comentó acariciando mis hombros y yo solo rodé los ojos.

—¿Y ser ciega durante toda la salida? —pregunté entre risas a lo cuál Alicia solo negó entre risas y sacó un cigarrillo del bolsillo detrás de su pantalón antes de que el encendedor que le había regalado hace un par de meses se hiciera presente y me lo ofreciera.

Gesto que acepté sin refutar ya que llevaba un mes entero sin probar ni una sola bocanada debido a que mis padres probablemente me crucificarían al verme en tales andanzas.

—Extrañaba esto —confesé dándole una fuerte calada.

—¿A mí? —dijo sin más—. Eso es más que obvio, todos extrañarían estar un mes sin mí —argumentó antes de tirarse nuevamente en la cama mientras se envolvía en el humo de colores que exhalaba de sus labios.

—Creo que tu ego no cabe completamente en esta habitación —sentenció y ella solo movió su mano para darle unos golpecitos a la cama para que me acostase con ella, orden que seguí sin dudarle encontrándome con su gesto serio.

—Te extrañé mucho —confesó antes de mirarme con esos grandes ojos oscuros que eran capaces de decirte todo con solo mirarlos—. Es raro no tener por tanto tiempo a mi acompañante de cama —concretó y yo solo reí divertida por ello—. Además no has estado presente para contarte las últimas noticias —fruncí el ceño ante aquello ya que no tenía ni la más mínima idea sobre lo que estaba hablando, sin embargo, cuando me mostró un anillo de juguete que no había visto en su mano cuando me fui, solo pude ser capaz de

mirarla sorprendida—. Me lo ha regalado Sergio —aclaró entre risas mientras yo seguía observándola sin saber que decir—. Él es más tierno de lo que pensaba —mis ojos se pusieron como platos antes de dejar el cigarro en el cenicero y acercarme nuevamente a ella sin creer lo que estaba escuchando.

— ¡Están saliendo! — exclamé animada a lo cuál mi amiga rubia asintió sin más dejándose llevar por aquella idea.

— Así es, ya no veía el momento para contártelo.

Ambas reímos por ello, debido a que no había alguien que estuviese más feliz por esa relación por que Alicia merecía a una buena persona como lo era Sergio, pero después de unos breves segundos me atreví a preguntar sobre nuestra intimidad.

— ¿Él sabe? —pregunté enarcando la ceja al saber que era un secreto entre ella y yo, el hecho de que a veces disfrutábamos las noches juntas pero ella solo suspiró alegre.

— Él sabe que he estado con chicas y no le molesta realmente —confesó encogiéndose de hombros—. Pero lo nuestro sigue siendo un secreto tal cuál me lo pediste —agregó tranquilizándome por aquello.

—Aún sigo sorprendida, realmente no lo esperaba pero me alegro por ambos —concluí sin dejar de sonreír por lo especial que debía ser esta relación para ella ya que desde que la conocía sabía que le gustaba ser un alma libre y sin ataduras.

—Iremos a un bar, quizás conozcas a alguien.

Mencionó coquetamente mientras yo sentía cómo mis mejillas comenzaban a encenderse frente aquella idea, definitivamente aún no estaba preparada para que el mundo se enterara de mis gustos ni mucho menos en un lugar público.

— Apúrate o llegaremos tarde —concretó mientras se dirigía al baño.

Suspiré frente al espejo pensando nuevamente si sería una buena idea ir, sin embargo, ante mis propias dudas la voz de Alicia fue suficiente para ser el tiro final a la decisión de salir.

Nunca había sido de grandes conversaciones ni adicta a la diversión ni mucho menos a socializar como si lo era mi mejor amiga, sin embargo, siempre disfrutaba las salidas a los bares aledaños porque siempre estaban repletos de personas que al día siguiente olvidarían todo lo que había hecho, lo cuál me daba un poco más de valor para ser yo misma y no mostrarme retraída, ya que al igual que ellos, mañana sería otro día y no me pondría a

pensar en qué había hecho y que no.

Alicia se encontraba demasiado amorosa con Sergio lo cuál no dejaba de causarme bastante curiosidad, debido a que ellos parecían puntos totalmente alternos, pero ahora que los veía juntos parecían que eran la pareja perfecta y entre besos me demostraron la ternura que ambos sentían hacia el otro y que jamás había puesto en mi plan de dudas cuando no salían.

— ¿Te estás divirtiendo? — me preguntó Alicia mientras comenzábamos a bailar "*california dreaming*" que sonaba a todo volumen.

Ninguna de las dos se sabía realmente la letra, pero no dudábamos en cantarla a todo pulmón como si nuestra vida dependiera de ello y fue entre esa melodía con un inglés mal pronunciado por nosotras en que la volví a ver con otro vestido blanco y la misma chaqueta jean de antes, moviéndose entre las luces del bar que comenzaban a iluminarse.

Entre luces rojas y verdes pude verla acompañada de un pelirrojo alto mientras ambos reían cantando la canción e intentando mezclarse con todos los que estaban en el bar aunque sus rasgos foráneos no dejaban de llamar la atención.

Mis mejillas se enrojecieron al darme cuenta que ella también me observaba de lejos y entre mi timidez traté de ocultar mi mirada para que no se sintiera observada, no obstante, todos mis intentos se vieron fallidos cuando ella se acercó con su típica sonrisa mientras "*Popeye*" de "*los Apson*" comenzaba a sonar.

Ella con su cabello negro como la misma noche se apoderaron de toda la pista mientras sus caderas se movían provocando la vista de muchos curiosos y de otros que discretamente la miraban mientras bailaban con sus parejas, simplemente ella se hacía de notar y lo disfrutaba de sobremanera.

— No pensé encontrarte aquí —mencionó animada mientras el pelirrojo que había estado a su lado desde que nuestras miradas chocaron.

Mordí mi labio nerviosa, ya que no la había visto desde aquella vez que habíamos hecho una intervención en el mercado.

Por el contrario, Alicia si me había comentado que la había visto un par de veces más en nuestras reuniones, pero para aquel momento yo ya estaba en casa por lo cual agradecía de cierta forma que eso haya sucedido, ya que aquella chica era capaz de poner mis nervios como actores principales de mis acciones con solo mirarme con esos ojos verdes que parecían conocer todos los secretos del universo.

—Llevaba mucho sin verte —siguió tratando de entablar alguna conversación pero mis nervios no dejaban que mis palabras aparecieran.

—Yo... —balbuceé en un intento de que mis palabras adquirieran voz alguna.

—¿Qué dices? —preguntó frunciendo el ceño—. Perdón la música está muy alta —suspiré volviendo a intentar que mis palabras salieran, no obstante, el pelirrojo se hizo presente en aquella escena con una bonita sonrisa perlada y abrazándola de la cintura con un suave beso en su cuello lo cuál me hizo sentir más incómoda aún—. Lo siento, no los he presentado —puntualizó dándose cuenta de mis gestos y mi forma de actuar extraña—. Él es Rodrick —el chico de cabellos que parecían tejidos por el fuego del amanecer no tardó en saludarme alegremente mientras no se alejaba de la pelinegra—. Ella es parte del grupo que te conté —le informó sin dejar de bailar atada a él—. No pensé que tendría la suerte de encontrarla en un lugar como éste —me sentí una extraña entre su conversación íntima que quise irme lejos, pero mis piernas aún seguían sintiendo los nervios que se acumulaban en mi piel solo por ver a la pelinegra.

Sin embargo, entre mis propias dudas y nervios pude fijarme que finalmente el pelirrojo alto se fue dejándonos completamente solas.

—No es necesario que te quedes conmigo —dije ante la opción de que le haya dicho que se marchara pero ella negó divertida.

—Ha encontrado una chica en la esquina y ha querido ponerla celosa conmigo —comentó sin dejar de ladear la cabeza por lo divertida que le parecía la situación mientras yo intentaba encontrar al chico quién ciertamente se encontraba bailando con una de las chicas que se encontraba en la esquina—. Siempre hace lo mismo —argumentó—. ¿Y tú viniste con alguien? —asentí suspirando al notar que se habían perdido de mi vista Alicia, Sergio o alguno de los siete que habíamos llegado al bar.

—Se supone que si —rectifiqué frunciendo el ceño al saber que asesinaría a mi amiga apenas la encontrase.

—Si quieres puedo acompañarte —señaló encogiéndose de hombros—. Prometo que no te haré nada —comentó divertida arrugando la nariz lo cuál me hizo odiarla aún más, porque se veía adorable con aquel gesto y me dejaba completamente susceptible ante sus encantos.

— No quiero molestarte —confirmé mientras me perdía en el brillo que tenían sus ojos —. Creo que no viniste a un bar a pasar conmigo.

—Claramente ese no era el plan inicial, pero es aún mejor de lo que esperaba —aseguró sin dejar de sonreír en ningún momento—. ¿Quieres bailar? —preguntó haciendo que mi piel se erizara con aquella simple petición.

Intenté negarme pero solo necesitó de un par de segundos para tomar mi mano y dirigirnos al centro de la pista mientras *lets twist again* sonaba ganándose la alegría de todos los que estábamos en aquel lugar.

—No recordaba la última vez que bailé esto —confesó mientras la música finalmente cambiaba a los *rockin devil's* con "*es Lupe*" sorprendiendo a la pelinegra quien realmente no sabía cómo bailar aquella canción dejando que se planteara el momento perfecto para preguntarle de dónde era ya que claramente no podía ser de aquí.

—¿De dónde eres? —pregunté obteniendo la confusión de la ojiverde—. Es imposible que seas de por aquí y no conozcas esta canción —aseveré entre risas.

—Pensé que sería menos notorio —dijo divertida—. Soy de California —contestó dejándome impresionada por su respuesta—. Debido a mi trabajo suelo recorrer muchos lugares.

—Eres fotógrafa ¿cierto? —pregunté en un intento de restarle importancia a lo que me había dicho la primera y última vez que nos vimos.

—Así es —aclaró quitando un mechón que caía en mi rostro—. Con Rodrick estamos planeando hacer una exposición de fotos por lo cuál hemos estado en distintos lugares.

—¿Dónde has estado? —pregunté curiosa mientras el bar seguía llenándose cada vez más.

—Hace poco tuve que volver a California por la muerte de mi madre —no fui capaz de decir nada al notar cómo su sonrisa se destrozaba cómo si de un cristal se tratase—. No tienes que decir que lo sientes, realmente ella está en un lugar mejor —inquirió encogiéndose de hombros, pero supe a primera vista que aquella respuesta había sido mencionada tantas veces solo para que las personas no siguieran hablando del tema, por lo cuál tampoco quise incomodarla frente a una situación que no era capaz de entender ni mucho menos ponerme en su lugar.

— ¿De qué trata tu exposición? — dije notando cómo ella rápidamente volvía a su zona de confort ante esa pregunta, sin embargo, por alguna razón no dudé en sostener su mano sintiendo cómo miles de sensaciones carentes

de sentido se impregnaban ante aquel simple gesto.

—Intentamos mostrar distintos tipos de revoluciones —contestó animada—. Rodrick y yo hemos estado en París para ver las manifestaciones de mayo, también las que han sucedido en casa y ahora estamos aquí deleitándonos con su forma de hacer historia —exclamó completamente envuelta en sus palabras produciendo una llama intensa de ideas que no me imaginaba que podían salir de una sola persona.

La conversación llegó entre un par de canciones movidas, un par de risas y nuestras manos atadas dejando que éstas fuesen libres de esa manera tan única que solo puede nacer cuando la otra persona te entrega la suficiente confianza cómo para mostrarte distinta.

—Creo que tengo que irme —dije en un suspiro, que no supe si había salido de lo más profundo de mi ser, pero lo que si sabía es que esto no era normal en mí, ya que jamás me había mostrado tan susceptible ante alguien que llevaba dos veces viéndola en toda mi vida.

—Te llevo —respondió la pelinegra mientras yo la miraba absorta por aquella respuesta—. Tengo mi auto a unas cuadras de aquí —volví a mirarla como si me estuviese diciendo que las vacas volaban ante su respuesta.

—No es necesario —comenté algo nerviosa, no obstante, como había sucedido durante toda la noche, Lauren simplemente hizo lo que a ella le parecía mejor y me embarcó a un par de minutos de incomodidad, mientras conducía y comentaba alegre sobre lo bien que lo había pasado.

Quise ser recíproca en aquella escena, porque realmente había sido una de las mejores noches de mi vida, pero mi timidez ganó espacio en mi corazón y finalmente todo el trayecto lo hice en un silencio perpetuo.

Cuando pudimos llegar a la habitación que arrendaba con Alicia recordé que no tenía llaves e intenté creer de que ella se encontraría en casa a las tres de la mañana, no obstante, todos mis esfuerzos se golpearon con la realidad y finalmente quedé con la rabia enarcando mi ceja y la vista de una pelinegra esperando ver qué hacía.

—Puedes irte —contesté sin mirarla, porque ya había pasado mucho tiempo perdiéndome en sus ojos, en su forma de reír, en cómo arrugaba la nariz y especialmente en cómo se exaltaba al hablar sobre algo que a ella le parecía de suma importancia.

—No te dejaré aquí —fue lo único que dijo antes que el silencio pisara nuestros talones, envolviéndonos hasta que entre miradas llenas de vergüenza

de mi parte, la pelinegra decidió volver a hablar—. Puedes pasar la noche en mi departamento, queda a unas cuadras de aquí.

Mis ojos se abrieron como platos ante esa idea y al parecer por mi expresión ella se dio cuenta de lo que me estaba proponiendo.

—No es que quiera que duermas conmigo —mencionó rápidamente mostrándose por primera vez nerviosa en toda la noche—. Rodrick no pasará hoy en su habitación y puedes dormir ahí —inquirió trabándose con sus propias palabras de una manera adorable y aunque mi sentido común me repitió una y otra vez que no era lógico ir al departamento de una desconocida, aquel sentido tuvo tan poco peso ante mi decisión de aceptar la propuesta porque no podía pasar nada peor.

Podía justificarme de aquella decisión con el hecho de que para ese momento, yo ya estaba completamente perdida entre el brillo de sus ojos y la forma tan particular que tenía de cambiar de colores o quizás podía dar como excusa la noche tan anormal que había tenido al lado de una completa extraña.

Se me ocurrieron cientos de respuestas frente a mi actuar, pero todas carecieron de lógica cuando con un acto de valentía o de mucha torpeza, me acerqué a ella en una búsqueda implacable por contestar la incógnita de a qué sabían sus labios.

Sabiendo a la perfección que una decisión como esa solo podía causar dos tipos de reacciones, igual fui capaz de mostrar un poco de valentía apostando todas mis cartas.

En aquel momento donde mi cordura no era mi mejor acompañante, solamente me tiré al abismo de sensaciones que me habían azotado desde que la había encontrado en aquel bar.

Con simpleza y sin la magia que los libros románticos pueden mostrarte a través de cientos de metáforas, me acerqué a sus labios y los conquisté con mi indecisión de saber si aquello era lo correcto o no.

Pero cuando ella se mostró cómplice de mi crimen, solo pude quedarme absorta ante la dulzura que irradiaban sus labios sabor chocolate.

Nos quedamos en silencio disfrutando de aquel momento de algarabía que probablemente no tendría ningún tipo de absolución frente a cualquier juez que nos observara, pero eso poco y nada nos importaba en aquel momento.

Cuando nuestros labios se liberaron de los pétalos de la otra, fue

imposible ocultar el rubor que cubrían nuestras mejillas mientras nuestros corazones danzaban sintiendo el latido de nuestra propia revolución interna.

—No esperaba esto —comentó algo confundida por lo que había sucedido.

—¿No te ha gustado? —pregunté atónita antes de ser consciente de lo que había hecho—. Yo... —comencé a balbucear tratando de disculparme por mi crimen, no obstante, la pelinegra calló cada una de mis palabras con un nuevo beso que me dejó completamente inestable ante la fuerza con la cuál arrasó con todos mis sentidos.

Fue como una ola del mar en medio del invierno, pero que aún así era capaz de llenarte de un calor profundo que arrasaba con todo tu existir.

Fue imposible ocultar de mis pupilas la impresión que dejó aquella pelinegra en todo mi ser, agotando todos mis escapes y dejando que por primera vez en mi vida quisiera quedarme siendo una insurgente en el tema del amor.

Agosto, 1968

Primaveral

Las noches calurosas llegaron a su fin de la mano con el regreso al último semestre en el teatro.

De cierta forma aún no podía creer que el tiempo hubiese transcurrido con tanta rapidez y que por primera vez desde que había tomado la decisión osada de seguir mi sueño, me sintiera en la inestabilidad de no saber cuál sería el rumbo de mi futuro.

Sin embargo, dentro de esa realidad también me había llenado de otras particularidades que no esperaba que calzaran bajo mi vida aburrida.

Por alguna extraña razón que aún no podía entender, Lauren y yo nos habíamos vuelto unidas.

No en ese sentido sentimental que un beso suele traer consigo sino más bien en ese sentido donde nos encontrábamos en un plano en dónde nos preocupábamos por la otra.

Comencé a conocer todos sus secretos, reconocer sus lunares, admirar sus puntos de inflexión como también aprendí a quererla a pesar de sus momentos insoportables y sus días cansados.

Nuestras conversaciones habían obtenido una alta gama de temas desde la situación actual hasta sus fotos que eran el eje de las sonrisas de la pelinegra.

No me tomó mucho tiempo en descubrir que ser fotógrafa era algo que iba más allá de un simple trabajo, ya que ella ni siquiera necesitaba trabajar para poder tener dinero debido a la situación pudiente de su familia.

Pero aun así ella jamás tocaba ese tema, sino que se mostraba como una persona sumamente responsable con su trabajo, además de perfeccionista y apasionada por cada memoria grabada a través de algo tan simple como lo era una cámara fotográfica.

— Creo que no he visto una Pascuala más hermosa —comentó la chica de ojos verdes llamando mi atención mientras intentábamos realizar el último

ensayo antes de la presentación que teníamos mañana de uno de los clásicos del siglo de oro, *Fuenteovejuna*.

Sonreí ante aquel comentario sintiendo cómo rápidamente mis mejillas se ilusionaban con cada una de sus palabras, dejé el libreto sobre una de las sillas mientras mi equipo se ponía de acuerdo en qué escena poner más énfasis en la práctica.

— No pensé que aparecerías por aquí —sugerí antes de abrazarla mostrando con claridad la adicción que había adquirido durante los últimos días a sus gestos de cariño, ella no lo rechazó y con un beso en mi frente dejó en claro todos esos secretos que ninguna de las dos habíamos admitido a voz alta.

— Salí más temprano —dijo encogiéndose de hombros sacando su cámara—. ¿Puedo tomarte fotos así? —preguntó enarcando la ceja antes de que notara cómo mordí mi labio ante aquello, porque últimamente ella me había hecho tantas fotos solo para recordarme la belleza que ella veía en mí, aunque yo sabía que tan solo era el efecto de que ella era una fantástica fotógrafa.

— Después me creeré el cuento de que soy guapa —argumenté entre risas mientras notaba cómo Lauren no dejaba de observarme de esa manera tan particular que ella tenía.

Como si viese una obra de arte justo frente a ella y quisiera memorizar cada uno de sus detalles.

—No estarías mintiendo en lo más mínimo —fue su respuesta antes de comenzar a enfocar su cámara en mí—. Eres muy buena modelo, la cámara te adora — aclaró antes de que el flash llegara a mi rostro y notase cómo olvidaba mi opinión al respecto sobre las fotos.

Haciéndome sentir que era única en su vida.

Pero aquella atmósfera de confidencialidad se perdió cuando Jorge y Martín me pidieron que volviera a escena.

— Tengo que irme —respondí rodando los ojos ante la falta de tiempo que ambas vivíamos frente a nuestras responsabilidades.

—No te preocupes, yo te espero —concretó tomando mis manos antes de besarlas—. Lo harás bien —asentí quitando el rubor de mis mejillas para poder concentrarme en mi papel, tarea que se hizo casi imposible ante la forma en que mi piel aún seguía erizada por solo hablar con ella.

Con cada palabra que salía de mis labios mostrando mi profesionalidad

era una guerra silenciosa entre el hecho de mirar sus ojos verdes buscando su total plenitud y la iridiscencia marcada en sus pupilas.

Finalmente el ensayo terminó tres horas después y aunque pensé que la coleccionista de momentos se había aburrido de estar presente en aquel momento, me llené de sorpresa al encontrarla a mi lado cuando el ensayo terminó mostrándome su total comprensión y apoyo tomando mi mano sin sentir el más mínimo cargo de conciencia por ello ni yo tampoco fui capaz de dañar el camino que nuestras manos habían construido cada vez que se unían.

— ¿Qué opinas? —preguntó Martín hacia Lauren.

Martín era un chico rubio de ojos pardos que era conocido entre todos como el *che* debido a que era uno de los principales líderes del movimiento que teníamos en el instituto de teatro.

La ojiverde sonrió ante la forma tan natural en que todos la habíamos incluido aunque ni siquiera tuviéramos puntos en común.

Supongo que era muy difícil no quedar cautivado tras la belleza e inteligencia marcada que ella presentaba, hasta Alicia quien se había mostrado celosa ante el hecho de que últimamente pasaba más tiempo del habitual con la pelinegra, finalmente había cedido dándole paso a una amistad extraña pero entrañable.

—Creo que es una de las mejores representaciones que he visto de *Fuenteovejuna* —confesó mientras sus dedos rozaban en mi mano lo cual fue capaz de sacarme una sonrisa inesperada ante aquel gesto—. Mañana seguramente deslumbrarán a todos —finalizó antes de reír discretamente por la forma en que no dejaba de ponerme nerviosa por tenerla tan cerca de mí, no obstante, aquella timidez terminó cuando llegaron Alicia y Sergio a unirse al grupo, haciendo que dejáramos de ser el centro de atención.

—Te dije que dónde esté Camila, siempre va a estar la *gringuita* —fruncí el ceño ante el apodo que le tenía mi mejor amiga a Lauren, pero ella no parecía incómoda ni mucho menos ofendida sino que solo se reía por el loro parlante que solía ser la rubia cuando entraba en confianza y cuando no también.

—Debo suponer que me estabas buscando —contestó enarcando la ceja antes de que Sergio se acercase a ella a saludarla con un beso en la mejilla y aquella cercanía hiciera que nuestras manos se perdieran del acto que con el transcurso de los días habían tomado como una orden tácita, a estar juntas sin necesidad de pensar más allá de ello.

—Ali quería saber si ibas a la marcha de hoy —sugirió quitándole las palabras de la boca a Alicia, quien solo rió y le robó un beso al pelinegro.

Aún no me acostumbraba a que ambos estuviesen como novios y que llevasen casi dos meses a sus espaldas ya que no esperaba alguna relación seria de parte de mi mejor amiga pero al parecer aquello iba para largo porque se veían completamente enamorados del otro.

— ¿Vas a ir Mila? —me preguntó de regreso Lauren, dejándome embobada por la forma en que tenía para decir aquel diminutivo.

Estaba acostumbrada a que todos me dijeran Camila o en su defecto Cami, sin embargo, la chica de los ojos de la esperanza se había asegurado un lugar en mi corazón al utilizar uno completamente distinto y no dudaba en decirme Mila cada vez que podía.

—Creo que sí —respondí encogiéndome de hombros ante el hecho de no saber que decir.

Jamás había sido extrovertida de ninguna forma sino todo lo contrario por lo cual era difícil reconocermé ante la tentativa que de cierta forma me había acostumbrado a ir a todas las marchas que existiese como forma de apoyo al movimiento estudiantil.

Ya no era simplemente una forma de ser parte de algo grande sino más bien estaba ese espíritu revolucionario surgiendo después de toda una vida llena de represiones.

La venda que me cegaba se había roto y en su lugar había llegado ese paño blanco atado a nuestras muñecas mientras gritábamos al mundo las injusticias que venían sujetas al gobierno actual y todas las deudas que tenían con nosotros las generaciones anteriores.

No había ni una sola persona que no estuviese informada sobre la famosa marcha del 27 de agosto, ya que por primera vez el gobierno quería realmente escuchar lo que deseábamos o al menos eso era lo que todo el mundo gritaba a diario, porque ya no había forma de callarnos frente a lo que sucedía.

Era cierto que mientras más conversábamos sobre el tema, mayor eran los rumores que se habían llevado a *fulanito* de tal o que habían atracado a un compañero que desconocía, sin embargo, el miedo ya no era pare de nosotros o más bien no creíamos que podían hacernos daño si éramos muchos como siempre nos presentábamos en las marchas.

Ya no era anormal ir a alguna de ellas y encontrarte con algún rostro conocido y ver cómo todos nos tomábamos de las manos como si fuéramos

una misma ola sobre la tempestad y gritábamos *Únete pueblo* con todas las fuerzas que podíamos.

En aquel momento a veces las lágrimas se convertían en un efecto colateral.

Nunca entendí si era por la emoción, por ser libres o por todos los años que nos habían silenciados, pero lo que sí estaba segura es que cada vez que éstas se presentaban, solo necesitaba ver a mi lado a aquella chica de ojos verdes y pensar que no necesitaba más en mi vida.

El mitín comenzó en el museo de antropología aunque nosotros nos unimos mucho después cuando ya estaba llegando casi al zócalo y en donde todos nos sorprendimos al calcular que debían haber más de mil personas reunidas en aquel lugar, todos con la misma bandera roja en nuestro corazón.

—Nada con la fuerza, todo con la razón —gritamos al unísono dejando que la lluvia empapara cada palabra que se sobresaltaba por ser expuesta con toda libertad en un lugar público.

Nadie veía cómo nuestras manos temblaban al estar haciendo historia ni mucho menos se fijaban en qué ropa utilizábamos o de dónde éramos, lo único que realmente importaba a nuestra vista era ser uno solo y aquella tarde lo estábamos logrando de sobremanera.

Lauren sonrió al sentir mi mano junto a la suya y jugamos con nuestras miradas para comprender lo que nuestras palabras no podían decir a voz alta.

Fue como un pacto silencioso y secreto en dónde ambas nos sentimos de la misma manera poética en aquel momento.

No fue difícil descubrir que ella buscaba seguridad en mis ojos oscuros y yo buscaba ese acto de magia que solo sus esmeraldas podían ofrecerme.

Llegamos a la avenida Juárez sintiéndonos las dueñas del mundo tras la seguridad de la otra mientras mis ojos no dejaban de observar impresionada cómo los turistas salían a ver lo que sucedía mientras nos aplaudían como si supieran la alegría que resonaba en nuestros corazones.

Pero todo llegó a su mayor momento catártico cuando llegamos a cinco de mayo y sentí que mi corazón se paró al ser acompañado por las campanas de la catedral echadas a vuelo y la luz de la plaza que hizo que mis lágrimas de orgullo rodaran por mis mejillas.

Jamás me había sentido tan valiente como lo estaba en aquel momento, pero tampoco me había sentido tan amada como cuando un suave beso

secreto nació cuando nadie nos miraba y nos sentíamos las dos únicas personas dentro de toda la muchedumbre.

Fue un beso pintado con insurgencia mientras sus labios demostraban la rebeldía que ambas habíamos adquirido al empaparnos sin discreción del futuro mejor que deseábamos.

—No llores —gritó Alicia rompiendo aquel momento sin querer o tal vez ella misma se había dado cuenta de que aunque estuviésemos camuflada entre tantos, hacer tal acto de subversión era demasiado riesgoso por lo cual solo intenté volver a tomar el control de la revolución que sentía dentro de mí y me concentré en la marcha que seguía siendo como una lluvia de meteoritos incandescentes que atacaban la Tierra como forma de victoria contra todo lo que creíamos imposible.

Aquella tarde estuvo llena de imposibles hecho posibles como lo fue pasar horas con mis manos junto a las de ellas sin sentir la presión social de que no era correcto.

Cuando llegamos al zócalo, Alicia y el resto se pusieron de acuerdo en quedarse toda la noche, ya que a la mañana siguiente no teníamos nada más que hacer hasta la tarde donde finalmente presentaríamos *Fuenteovejuna*, sin embargo, Lauren y yo decidimos que era mejor regresar a su departamento, debido a que quería mostrarme algo lo cual acepté sin siquiera pensarlo dos veces mientras la lluvia seguía cubriéndonos de orgullo y de esa capa de imposibilidades convertidas en realidades.

El departamento que arrendaba la pelinegra con su amigo quedaba a tan solo unas cuerdas del zócalo por lo cual no tardamos más de media hora en poder llegar siendo interrumpidas por las múltiples fotos que la fotógrafa no dudó en tomar para seguir llenando su colección.

No dijimos nada en ese camino, pero nos habíamos acostumbrado a no ser de muchas palabras sino que más bien adorábamos como el silencio nos unía aún más de lo que podía hacernos entablar algún tipo de conversación.

Llegar a aquel departamento siempre era como aterrizar en un mundo completamente desconocido, ya que el orden no era parte de ninguno de los dos.

Podías encontrar desde rollos de sus cámaras en la mesa hasta diferentes sobres con fotos dentro, que esperaban impacientes a que sus dueños les dieran la correcta atención que merecían.

Me quedé un par de minutos admirando aquel verdadero desastre que solo

me causaba un poco de gracia y curiosidad porque siempre podía encontrar algo nuevo.

Por lo que sabía, Lauren lo había alquilado hasta finales de septiembre donde tenía pensado volver a California para firmar finalmente la exposición que tanto deseaban con Rodrick, no obstante, aunque septiembre estaba pisándonos los talones prefería no pensar en que ella se iría y probablemente ese sería el final de todo, ya que tenía una vida fuera del movimiento y fuera de este lugar tan apartado de su realidad.

—¿Qué ves? —me preguntó alcanzándome por la espalda antes de besar mis hombros y producir un choque eléctrico que claramente iluminaría hasta la noche más recóndita.

—Solo el desastre que tienen —confesé entre risas a lo cual ella me acompañó dándome la razón.

—Los mejores artistas buscan inspiración en su desorden —aseveró respirando sobre mi cuello y que mis labios inconscientemente la buscaran para desatar pasiones prohibidas.

—¿Estás justificando el hecho de qué eres desordenada? —pregunté enarcando la ceja y ella solo ladeó la cabeza divertida mientras su manos conquistaban mis mejillas.

—Amo cuando quieres tomar el control —susurró antes de juntar nuestras frentes en ese pacto único que teníamos frente a cada muestra de cariño.

—¿Qué me ibas a mostrar? o ¿solo fue una mentira para convencerme a que viniera a tu departamento? —inquirí haciendo que alzara las manos en forma de paz.

—Me has atrapado —confirmó antes de volver a besarme dejando que sus manos rompieran la barrera de mi ropa mojada y tocaran mi piel con ese toque mágico que las estrellas le habían concedido para conquistar a cualquier ser humano—. Quería solo tenerte para mí hoy —susurró apartando mis cabellos mojados para tener una mejor visión de todo mi rostro—. Tienes empapados los lentes —dijo antes de quitármelos y limpiarlos sobre un pedazo de papel—. Que bella eres sin estos —confirmó y yo fruncí el ceño porque realmente era poco lo que podía distinguir sin ellos—. Pero eres única con ellos —afirmó devolviéndolos a su lugar con una risita sonora.

—Podías haberme dicho que querías estar a solas —dije entre risas antes de colgar mis brazos sobre su cuello—. Jamás rechazaría ese tipo de ofertas.

—Lo hubiera hecho pero tu amiga es un poco intimidante —respondió encogiéndose de hombros lo cual solo me hizo reír, porque conocía a la perfección el temperamento de Alicia y cualquiera que no la conociera tendría miedo de sus reacciones—. ¿Quieres cambiarte? —preguntó cambiando el tema y yo asentí, ya que me resfriaría si seguía con la misma ropa por lo cuál ambas caminamos hacia su habitación que se encontraba al final del pasillo y sin ningún tipo de recato, ella simplemente se quitó los pantalones y la blusa blanca que llevaba.

Intenté no mirarla, pero aquello se hizo una misión imposible cuando me perdí en la perfecta escultura que tenía su cuerpo frente a los lunares que resaltaban en su piel de luna.

Cualquier poeta del romanticismo podía haber creado los más grandes versos tomándola como su musa, sin embargo, en este momento yo era la única que tenía la fortuna de observar cada detalle que envolvía su desnudez.

—¿Te quedarás a dormir? —preguntó dándose vuelta mientras me pasaba una camisa larga de su armario y yo no dije nada—. Rodrick está de viaje en ciudad Juárez y no quiero quedarme sola esta noche —afirmó sin notar que yo estaba viendo sus pezones erectos y que estaba enloqueciendo al desear acercarme más a ella, por lo cual solo ladeé la cabeza en un intento muy pobre para desligar mis pensamientos de mis acciones para finalmente asentir a su petición consiguiendo una sonrisa de su parte—. ¿Te vas a cambiar? —preguntó sin darle mucha importancia a las mil y un facetas de vergüenza que discurrían sobre mi rostro—. Oh lo siento, si quieres salgo y te doy privacidad —contestó rápidamente.

—¿Puedo utilizar tu baño? —logré decir sin balbucear o al menos eso pensé cuando me dirigí al pasillo nuevamente para ocultar cómo mi rostro se quemaba con el tono rojizo que había adquirido.

Cuando terminé de cambiarme pude encontrarme a la pelinegra con solo una blusa larga cubriendo su desnudez y bailando a solas con el sonido de *someone to watch over* interpretado por Sinatra.

No quise molestarla de su pequeño momento a solas, pero ella me descubrió cuando las lágrimas atravesaron sus pupilas y extendí mis brazos para acompañar su pequeño mar interno.

Nos quedamos en silencio siendo atrapadas por la suave melodía mientras nuestros ojos chocaban buscando algo más en nuestras miradas.

—Era la canción favorita de mi madre —dijo finalmente dejándome impresionada porque en todo el tiempo que llevábamos conociéndonos jamás

había tocado el tema excepto aquella vez que me confesó que había vuelto a California para su funeral—. Desde que era pequeña siempre supe la historia detrás de esa canción y cómo se había enamorado de mi padre después de que la bailaran en una fría noche de invierno —confesó con sus ojos destellando como nunca lo habían hecho anteriormente, sus manos viajaron hacia mi espalda para seguir los movimientos lentos que la canción disponía para romper las distancias y alcanzar los corazones de cualquier pareja que viviese a flor de piel cada uno de los acordes de ella.

—¿Eran muy unidas? —me atreví a preguntar y ella asintió con una breve risa.

—Lo suficiente como para considerarla mi mejor amiga —musitó cantando una parte de la canción con todo el dolor de su alma mientras yo pensaba en lo horrible que debía ser estar en sus talones, ya que yo no sabría qué hacer si perdía a la mía.

—Alguna vez le confesaste... —pregunté sin saber realmente cómo categorizarlo y ella se encogió de hombros con toda la libertad del mundo.

—Jamás tuve que hacerlo, ella siempre lo supo —confirmó dejándome atónita—. Simplemente un día llegué con una chica y ella la invitó a ser parte de mi vida como si llevara conociéndola desde siempre —un suspiro amargo de sus labios floreció ante ello—. Nunca hubo secretos entre nosotras, ella me regaló mi primera cámara con la esperanza de que viviera enamorada de los pequeños detalles de la vida. Por ella es que vivo cada día de mi vida como si fuera el único, además de dejar que mi más grande pasión sea guardar momentos con una capacidad y nitidez mayor de la que realiza la memoria. Las fotos no mienten y a la vez pueden guardar miles de incógnitas en cada uno de los detalles que las envuelven —agregó antes de notar cómo la canción cambiaba a *the way you look tonight* y no dudó en hacerme girar siguiendo la melodía de una de mis canciones favoritas de todos los tiempos.

—¿Los tuyos cuándo lo supieron? —preguntó y yo negué ante ello.

—No lo saben y dudo que lo lleguen a saber algún día —dije totalmente segura de que ellos no tendrían la reacción de su madre si llegaban a enterarse del secreto más grande de mi vida, sin embargo, ante el miedo de que ella me viera como una cobarde solo obtuve una sonrisa cómplice de su parte.

—¿Entonces soy un secreto? —concretó con sus penetrantes ojos verdes que podían obtener todas las respuestas del universo.

—Creo que sí —susurré no muy segura de la reacción que tendría al

escuchar aquella afirmación pero cómo siempre, la pelinegra me sorprendió de sobremanera.

—Entonces somos extraños en la noche —confirmó riendo ante la comparación que tenía con la letra de una de las canciones de Sinatra—. Me gusta —aseveró—. Le da el dramatismo que todo buen momento merece, somos amantes a primera vista —puntualizó ante su forma de verlo.

—¿No te sientes rara? —pregunté sintiendo cómo mis mejillas no dejaban de quemarme.

—No me he sentido mejor desde que mi madre enfermó —fue lo único que dijo mientras sus pupilas seguían cada uno de mis pasos sin perder la sincronización que tenían sus pies con la canción—. Eres lo mejor que me ha pasado desde hace tanto que tengo que admitir que a veces solo siento miedo.

—¿Miedo? —pregunté extrañada ante el hecho de que nunca hubiera puesto esa palabra como un adjetivo digno de ella pero aun así su mirada no mentía en lo absoluto.

—De que solo seas algo de un momento —contestó totalmente seria y yo no supe que decir frente a ello—. No es que quiera obligarte a que tengas algo conmigo, es solo que... —no la dejé terminar porque conquistar sus labios fue la única meta que me propuse en aquel momento mientras *strangers in the night* se apoderaba de todo el ambiente.

Nuestros cuerpos rozaron como si hubieran sido destinados a ser uno solo mientras nuestros labios danzaban entre la oscuridad que nacía de a poco por solo estar iluminadas por las luces de la calle.

Sus manos jugaron a las escondidas con mis ojos mientras las mías se encargaban de rodear su piel y apoderarme de cada centímetro que el sol no había reconocido.

—Te quiero —dijo cuando su blusa dejó de ser un obstáculo para mi vista y aunque yo era la persona menos osada del mundo, en aquel momento lo único en que podía pensar era en que jamás me había sentido tan plena.

A tal punto que me sentí la dueña del mundo cuando nuestros cuerpos jugaron a quién ganaba la batalla de estar arriba y quedamos completamente desnudas con nuestras palabras cubriendo las sábanas, mientras miles de estrellas se perdían ante la belleza desatada que era capturar cada uno de sus gemidos con besos perforantes.

Su mano traspasó mis fronteras acariciando mi espalda mientras mis labios retaban a sus pechos a seguir en la misma sintonía llena de locura que

nos consumió en un calor irremediable.

El mar de su poco pudor me guió frente a cada uno de mis movimientos y como si fuera una experta en temas carentes de discreción, hice que ella maldijera mi nombre más de una vez mientras sus manos arrebatadoras me ataban a perder el control en un momento desenfrenado de éxtasis que jamás había sentido con anterioridad.

No estuve segura si fue ella o yo la primera en demostrar la perdición que involucraba aquel acto al correrse y perder nuestra batalla interna de ver quién resistía más, lo que si supe es que apenas nuestros corazones descansaron en una misma melodía fui capaz de decirle algo que jamás había tenido la fortaleza de decir y se convirtió en las dos palabras más sinceras que había pronunciado.

—Te quiero —afirmé jadeante por todo el fuego que recorría mi piel.

La pelinegra tomó mis labios como juramento y ambas supimos que sin importar el tiempo ni el lugar de alguna forma las estrellas estaban alineadas para que nuestro pecado lograsen llenarse de virtud frente la insurrección que vivieron nuestros pensamientos desde aquella noche.

Sabíamos que nadie llegaría a entender nuestras peticiones ni mucho menos nuestros ideales, pero ya era muy tarde para calmar nuestra incomprendida pasión como también ya era muy tarde como para lograr que mi corazón dejase de latir solo por encontrarme con la palidez de la luna en la misma cama.

Fue un otoño lleno de primavera y que ante la vista de cualquiera podía ser invierno, pero para nosotras siempre sería un verano eterno.

Septiembre, 1968

Invéntame

El amanecer comenzó a pintarse en el cielo mientras los rayos del sol intentaban traspasar las cortinas claras que ondeaban libres en la ventana.

Pero ninguno de estos detalles eran tan impresionantes como ser la única espectadora de una extraña obra de arte que ante matices de sensualidad mezclados con dulzura lograban tomar toda mi atención ante su lienzo pálido salpicado por lunares en su espalda y el cabello revuelto en la almohada.

Sonreí acariciando su mano notando cómo Lauren seguía durmiendo profundamente y tampoco la culpaba de ello, ya que había estado trabajando con sus fotos hasta altas horas de la madrugada cuando por fin decidió volver a la cama con una sonrisa cansada y me arrojó entre sus brazos para que no sintiera frío.

Me había acostumbrado a quedarme en su departamento mientras Rodrick no se encontraba lo cuál últimamente se había visto más frecuente ante el hecho de que faltaban un par de semanas para que se devolviese finalmente a California con Lauren, sin embargo, ninguna de las dos había tocado aquel tema porque preferíamos pensar en el ahora y en la forma en que nos sentíamos extrañamente atraídas hacia la otra aunque ninguna de las dos habíamos hecho algún tipo de pacto o asegurado con palabras lo que vivíamos.

Solo sabíamos que pasábamos demasiado tiempo juntas sintiéndonos únicas en un mundo lleno de personas, me había acostumbrado a escucharla con interés hablar sobre sus fotografías, a besarla sin precedentes mientras la luz roja de su estudio se encontraba presente para no dañar las fotos.

También se habían vuelto recurrente nuestras noches de lujuria insana y que ella me desnudara solo con una mirada.

No obstante, debía aceptar que no era tan solo una atracción física y de hormonas desenfrenadas sino que aquella pelinegra lograba causar ese efecto atrapante cada vez que hablaba.

Me había atrapado y embebido con el sonido de su voz, ya que con ella

podía hablar desde cosas tan simples como lo era algún dramaturgo de la época de oro hasta llegar a apasionarme por cómo las tonalidades podían afectar en el enfoque que tenían sus fotos.

Ella era arte desde todas las perspectivas que se le mirase por lo cuál solo podía suspirar y quedar cautivada ante la suerte que tenía de haber encontrado arte sin siquiera buscarlo.

Me recosté en su pecho desnudo sintiendo cómo sus brazos se acoplaban para que me sintiera protegidos entre ellos y solo necesité de unos segundos para atacar sus labios ante la locura que me consumía cada vez que estaba tan cerca de ella.

De alguna forma que carecía de lógica me había vuelto una adicta completa a sus labios y cómo encajaban con los míos.

—Amo este tipo de buenos días —comentó bostezando cuando nuestros labios finalmente dejaron de ser el centro de nuestra atención—. Buenos días a ti también —dijo antes pasar sus suaves manos sobre mis mejillas, pintándolas inmediatamente de ese color rojo que ya me había acostumbrado cada vez que estaba cerca de ella—. Me encanta cuando te ruborizas —confirmó antes de besar mi frente y reír ante ello.

—¿Qué es tan gracioso? —pregunté enarcando la ceja a lo cuál Lauren solo ladeó la cabeza divertida.

—Que jamás fui una persona romántica —contestó acomodándose mejor en el respaldo de la cama mientras yo me encontraba recostada sobre sus piernas mirando atenta todas esas palabras que ella ocupaba con facilidad para traspasar mis murallas. —Creo que lo más romántico que he hecho en mi vida ha sido tomarle la mano a alguna chica en la calle —concretó y yo solo fruncí el ceño, porque a mi me parecía una exageración de su parte.

—Pero si conmigo eres una romántica y cursi —sentencié golpeando su brazo.

—Para que veas lo que produces en mí —fue su respuesta antes que sus ojos verdes destacaran aquel brillo que predominaba cuando me observaba en silencio, yo solo pude morder inconscientemente mi labio y quitar nerviosa un mechón de mi cabello. —¿Sabes qué? —susurró a mi oído y yo negué atenta a su respuesta hasta que tomó mi mano y depositó un suave beso en el dorso de ésta—. Que te quiero —agregó con ternura.

—Yo también lo hago —fue lo único que pude decir, porque cada vez que me sorprendía con esos pequeños detalles de amor, sentía que no habían

palabras que se le comparasen o no sabía cómo reaccionar a ello.

—¿Hoy no tienes que ir al instituto? —preguntó enarcando la ceja y yo suspiré recordando que tenía que ir para ver los detalles de la última obra que teníamos que representar en dos semanas más.

—Si tengo que ir aunque no quiero moverme de aquí —dije a mi defensa recostándome mejor sobre su pecho y ella solo acarició mi cabello—. Podría decir que estoy enferma —sentencié antes de que ambas riéramos, ya que a pesar de que estudiaba actuación, no podía mentir, ya que me descubrirían en el momento exacto en que mis palabras lograban salir de mi boca.

—Eres una pésima mentirosa, Mila —aseveró antes de besarme—. Aunque tus actuaciones siempre son increíbles.

—Solo lo dices porque estás conmigo —dije ladeando la cabeza.

—Tienes razón, necesito mentir para que una chica como tú esté conmigo —confirmó entre risas.

—No soy la gran cosa —respondí rápidamente encogiéndome de hombros—. Solo soy una chica —argumenté posando mis manos sobre su abdomen desnudo y comencé a realizar mi tarea favorita de llenarlo de besos mientras mis manos construían círculos imaginarios, sin embargo, Lauren tomó mi barbilla para que la mirara fijamente.

—Eres la mujer más hermosa que he visto —fue su respuesta ante mis palabras.

—Lo dudo.

—Es cierto. Mi madre en este momento estaría repitiéndome una y otra vez que sería la peor decisión de mi vida dejarte ir —agregó antes de suspirar, ya que ambas sabíamos el rumbo que estaba tomando esta conversación.

—¿Te irás? —pregunté con el miedo carcomiendo cada una de mis palabras mientras ella acariciaba mi espalda desnuda.

—Tengo que hacerlo, es mi trabajo —dijo antes de mirarme por unos segundos con ternura—. Pero no pensemos en eso, quiero creer que en el ahora estamos juntas —objetó sin dejar de acariciar mi pelo, no obstante, de alguna forma su frase solo llenó de dudas mis pensamientos, ya que aunque me costase aceptarlo, a pesar del pequeño lapso de tiempo que llevábamos conociéndonos, ya no podía dejar de pensar en ella ni mucho menos pensar en no tenerla a mi lado.

—Iré a la ducha —alcancé a decir mientras me levantaba de la protección

de sus brazos.

Lauren no dijo nada y solo asintió con un suspiro que me reveló que sabía a la perfección mis dudas.

Quizás fueron tan solo minutos los que corrieron detrás del reloj cuando por fin decidí salir del baño, sin embargo, para mí se sintieron como si hubiesen sido eternidades desparramadas entre el desorden de la habitación de la pelinegra.

Salí vestida con un suspiro entre mis labios mientras notaba cómo había un montón de fotos sobre la cama y la ojiverde se encontraba ordenándolas de alguna forma.

Me acerqué a una de las fotos observando cómo no eran las típicas de la marchas o las que ella solía tomar cuando estábamos con el resto del grupo sino que eran fotos más que ni siquiera recordaba haberme tomado.

—Hermosas ¿cierto? —asentí ante ello, porque realmente lo eran aunque no era capaz de reconocerme en ellas.

La pelinegra volvió a sonreír mientras me señalaba cada una de las fotos que se encontraban sobre la cama.

En cada una de ellas estaba el toque artístico que Lauren representaba en sus fotos mientras las sombras jugaban con mis facciones.

Ella me había convertido en arte.

—Todas son tuyas —afirmó dejándome atónita por cada una de las fotos. —Nunca he hecho eso por nadie más —confesó antes de suspirar—. No eres una simple chica, eres arte que mi cámara adora retratar —admitió concentrada en cada una de sus palabras—. Jamás he sentido esto por nadie más —finalizó sin dejar de mirarme seriamente—. Puedes creerme o no, pero mentiría si no aceptara que eres lo mejor que me ha pasado desde hace mucho tiempo —concretó antes de levantarse de la cama y acercarse a mí, acortando las distancias imaginarias que nos habíamos planteado ante el hecho de que ella se iría—. No quiero dejarte —aseveró suspirando antes de que sus labios tocaran mi frente y con una mirada llena de dulzura lograra conquistar todos mis sentidos—. Te quiero y es lo único que sé.

—¿Por qué? —pregunté impresionada.

—¿Por qué que? —refutó y yo ladeé la cabeza intentando encontrar las palabras correctas.

—¿Qué ves en mí? —objeté nerviosa—. No tienes ningún futuro

conmigo —me atreví a decir sabiendo que estábamos en un punto de inflexión donde ya dependía de ella para ser feliz y cuando aquello sucedía, lo mejor era alejarme porque no era capaz de aceptar que alguien estuviese sin esperanzas conmigo.

—La pregunta debería ser, ¿qué no veo en ti? —confirmó posando sus manos sobre mis mejillas—. Sé lo que intentas hacer —agregó sorprendiéndome—. Eres de las que intenta liberar a la otra para no lastimarla —puntualizó sin dejar de sorprenderme por el nivel de conocimiento que tenía sobre mí—. Pero yo no soy de las que pierde con facilidad y menos cuando estoy segura de que eres la persona más especial que he conocido en mi vida. Hermosa, decidida, divertida pero sobre todas las cosas con ese brillo que puede convertir la peor tormenta en la razón por la cuál bailes sobre la lluvia —no supe la razón por la cuál mis lágrimas se presentaron, pero ahí estaba llorando por cada una de sus palabras y la forma en que me hacía sentir tan única con un simple discurso.

Lauren terminó con la poca distancia que teníamos y me envolvió entre sus brazos dándome la seguridad que tanto necesitaba de su parte, sin embargo, ninguna de las dos logró deducir en aquel momento que aquello se convertiría en un arma de doble filo.

—Es extraño no encontrarte con la *gringuita* —comentó Alicia mientras nos encontrábamos sentadas en el patio central del instituto de bellas artes.

Rodé los ojos por su comentario, pero mi amiga no solía quedarse callada por nada por lo cuál era esperable que su comentario no terminara con aquel apodo.

—Pasas mucho tiempo con ella —dijo frunciendo el ceño antes de darle un mordisco a su manzana.

—¿Te molesta?, acaso estás celosa —pregunté enarcando la ceja y ella se quedó en silencio por unos segundos hasta que suspiró.

—Quizás no estoy acostumbrada a compartirte —concretó encogiéndose de hombros—. Aunque te ves muy feliz con ella —admitió—. Tiene mucha suerte de tenerte —finalizó sacándome una pequeña sonrisa, ya que ella no era de las amigas amorosas que te repiten a diario lo especial que eres para ella, sino que más bien jamás aceptaba sus sentimiento o emociones.

—Gracias, Sergio también tiene mucha suerte —aseveré sacándole una sonrisa de esas que solo podías poner cuando te nombraban alguien que

realmente te gustaba—. Supongo que van muy bien —dije y mi amiga rubia asintió emocionada.

—Tengo que contarte un secreto —musitó acercándose a mí para poder contármelo como cuando éramos unas niñas y nos mandábamos notas entre clases—. He ido al médico hace un par de días y estoy embarazada —chilló emocionada dejándome sin palabras ante aquella noticia porque lo último que esperaba era eso.

—¿Estás segura? —pregunté en un intento fallido de comprender lo que me estaba diciendo y ella asintió feliz.

—No lo hemos planeado pero le quiero —confesó sin ningún tipo de mentiras decorando sus palabras—, él me hace sentir como la mujer más especial del mundo y creo que estoy enamorada —finalizó suspirando divertida—. Es extraño, pero estoy segura de que él es la persona correcta, ¿has sentido lo mismo alguna vez? —me preguntó concentrada en mi respuesta y yo asentí después de un par de segundos en donde lo único que podía pensar era en lo que me hacía sentir Lauren.

—¿Él ya lo sabe? —pregunté y ella negó.

—El sábado es su cumpleaños así que planeo decírselo ese día —contestó emocionada aunque yo no dejaba de mostrarme perpleja por la rapidez en que iba todo —. No pareces muy emocionada —dijo un poco incómoda y yo la abracé con una sonrisa.

—Es solo que estoy sorprendida por ello, no lo esperaba —afirmé.

—Yo tampoco, pero solo sé que jamás me había sentido de esta manera con nadie más, no es alguien con quién solo quiera pasar la noche sino...

—Que desees pasar las mañanas y por las tardes también —terminé aquella frase que definía exactamente mi ilusión hacia el amor.

Querer estar siempre con esa persona sin necesidad de solo definirlo en encuentros nocturnos llenos de locura.

—¿Crees que él piense igual? —me preguntó un poco preocupada y yo sonreí asintiendo.

—Me sorprende más que estas palabras vengan de ti, porque nunca he visto a alguien quererte más que él —confesé antes de emocionarme al pensar en ellos dos juntos y el bebé que esperaban—. Significa que tendré un sobrino.

—O sobrina —confirmó antes de reír—. Deberías tener uno así son compañeros de vida como tú y yo —negué ante lo loco que sonaba aquello.

—Hasta lo que sé aquello no es posible si estoy con otra mujer —sugerí entre risas—. Pero si puedo ofrecerle mucho amor —agregué sintiendo la emoción pegando en mi rostro.

—Te quiero —dijo antes de besar mi frente—. Eres la mejor amiga que cualquier persona desearía tener y Lauren es muy afortunada de tenerte — asentí abrazándola sin ser capaz de premeditar lo que sucedería en tan solo un par de minutos.

A veces pareciera como si esa sucesión de imágenes y momentos simplemente no hubiesen existido.

O que hubiesen adquirido tanta rapidez innata que cuando se presentaban entre mis recuerdos, lo hacían como algo de un par de segundos mientras en otros momentos, suele tomarse eternidades en traspasar cada uno de los sucesos que exiliaron la tranquilidad que habíamos vivido hasta ese día.

No sé de dónde salieron exactamente o cómo sucedió todo, pero lo que si pude distinguir es que no eran solo unos cuantos policías los que llegaron a quitar la paz y sembrar el miedo del lugar, tomando a todos los que encontraron cerca de ellos.

Cómo también el ruido constante de gritos y algunos golpes con Alicia supimos que sacaron a muchos a la fuerza mientras nosotras éramos atacadas por el miedo de no saber qué hacer.

En otro momento mi amiga rubia hubiera sido la primera en quejarse por lo que estaba sucediendo, pero en su estado ella prefirió quedarse callada notando cómo la violencia pintó el más vivo retrato dentro del instituto hasta que finalmente éramos más de 30 los que estábamos en fila en el patio central.

Los policías nos hicieron alzar los brazos mientras nos obligaban a esperar algo que no entendimos en un principio hasta que con Alicia notamos una furgoneta blanca que se estacionó a tan solo un par de metros de nosotras.

Nos miramos sin entender nada de lo que estaba sucediendo, pero el tiempo pasó tan rápido que cuando quisimos expresar algún tipo de palabra simplemente nos encontramos con el obstáculo de que los policías nos obligaron a subir dentro mientras repartían golpes con las macanas que tenían en sus manos.

Otros utilizaron las culatas de sus armas para golpearnos dejándonos indefensos frente a sus gritos y el descontrol que tan solo duró el tiempo en

que todos ya nos encontrábamos dentro de la camioneta.

Alicia tomó mi mano asustada y aunque no fui capaz de decir nada yo la apreté ante el miedo creciente de no saber que sería de nosotras. No estuve segura de cuántos minutos el auto anduvo, pero si fui consciente de que se presentaron como mil eternidades mientras escuchaba los gritos de varios osados que comenzaron a golpear hacia las puertas de la camioneta como si aquello iba a lograr cambiar nuestra situación.

Miedo era lo único que se podía respirar en aquel reducido lugar mientras algunas hasta llegaron a llorar desesperadas por todos los rumores que habíamos escuchado desde hace meses de lo que hacían a los que la policía lograban capturar, sin embargo, no quise pensar en eso y solo me concentré en mantenerme callada y no tensarme ante el futuro incierto.

—Si te preguntan por alguien no te atrevas a decir que no sabes quién es —murmuró finalmente Alicia a mi oído dejando que sus palabras sonaran con una seguridad inesperada—. Solo inventa cualquier descripción y ellos te dejaran —sugirió apretando mi mano—. No pasará nada, solo quieren que tengamos miedo —musitó antes de besar mi mejilla, pero detrás de toda esa capa de seguridad puede escuchar su suave sollozo, ya que hasta ella se encontraba con el miedo acechando su sombra. —Pero somos más fuertes que esto, Camila —objetó antes de suspirar—. Te quiero.

Asentí porque el miedo se tragó todas mis palabras.

Me hubiese gustado tanto repetirle lo importante que era en mi vida y cuánto la quería, pero aquello no sucedió debido a que apenas la camioneta dejó de andar, nos abrieron la puerta entre gritos de que nos bajáramos sin hacer ruido.

Un chico que había visto un par de veces se atrevió a gritar y no dudaron en golpearlo hasta que se quedó sin voz.

Nunca supe si había muerto o no, pero su voz se extinguió como el sol frente la noche.

Alicia seguía apretando mi mano sin atreverse a objetar alguna de las órdenes que los policías nos gritaban. No tardaron en dividirnos en varios grupos donde mi mejor amiga fue separada de mí y aunque queríamos gritar para que volvieran a juntarnos, ninguna de las dos se atrevió a decir algo y solo nos miramos presenciando uno de los momentos más catárticos de nuestra vida.

Nos separaron en grupos de a diez y nos dirigieron hacia una pared donde

nos obligaron a ponernos de espalda alzando los brazos para que nos registraran con sus macanas mientras algunos de los policías reían por las que habían decidido llorar, en aquel momento hubo hasta una chica que se orinó encima por el miedo consumido que se mostró en todo su cuerpo.

Mordí mi labio sin quejarme del trato que estábamos teniendo, debido a que lo único en lo que pensaba era en Alicia y en que no le hicieran daño.

Después de aquel registro simplemente procedieron a quitarnos la vista poniendo vendas sobre nuestros ojos y convirtiéndonos en caminantes ciegos hacia su condena final.

Estoy segura que no respiré en todo el tiempo que duró aquella caminata hacia un cuarto tan pequeño que los que estábamos ahí sentíamos los nervios y el sudor del otro ante el hecho de que nuestros cuerpos se habían convertido en una masa amorfa.

—Tómala a ella —escuché decir antes de sentir cómo alguien agarraba mi brazo y me alejaba del grupo. Todo mi cuerpo tembló con cada paso que parecía resonar en toda la habitación hasta que salimos de ella.

La muerte jamás se había presentado tan viva como lo fue en aquel momento.

Me obligaron a sentarme en una silla que crujía mientras ataban mis manos detrás de ella. Está demás describir que las lágrimas se habían avivado en mis mejillas mientras no existía una zona de mi cuerpo que no temblara por la presión de no saber qué sería de mí.

Escuché un par de murmullos, pero los nervios no me dieron la oportunidad de discriminar de qué se trataba hasta que uno de los guardias me sujetó del pelo para que mi rostro quedara frente al de él aunque no fuese capaz de verlo por la venda que tapaba mi vista.

—Sé que tú sabes sobre el Sócrates —afirmó el hombre sin soltar mi pelo, lo cuál me hizo fruncir el ceño, ya que no tenía ni idea de quién hablaba—. Por lo cuál mientras más rápido hablas, más rápido te vas —argumentó.

—No sé de qué habla —sentencié olvidando la primera advertencia de Alicia, lo cuál hizo que mi voz resonara ante mi equivocación, porque solo le tomó un par de segundos para que sus manos se posaran sobre mi blusa y la abriera sin tener cuidado de si se salían los botones o no.

A pesar de que aún sentía mi blusa roja puesta aunque estuviese desabrochada, me sentía completamente desnuda ante aquel hombre que desconocía por completo y mis lágrimas acompañaron aquel momento hasta

que un grito de dolor retumbó en mi garganta al sentir cómo algo quemaba mis costillas.

—Volveré a preguntar —concretó—. Sé que tú sabes sobre el Sócrates —escupió con su voz grave.

Intenté decir algo que tuviera sentido, pero él no me dio mucho tiempo para pensar antes de volver a pasar aquello que quemaba mi piel.

—Podemos pasar todo el día así —inquirió con una risa detrás de sus palabras mientras yo pensaba en cómo podía hacerle feliz dañar a otro ser humano—. Quiero saber la dirección del Sócrates —mencionó con seriedad.

—Lo han visto en el zócalo —afirmé tratando que mis palabras no se perdieran por las lágrimas que no solo atravesaban mi garganta sino que también me quitaba cualquier tipo de voz.

Por unos segundos el silencio volvió a envolvernos hasta que mi piel volvió a sentir el dolor que causaba aquella quemadura, sin embargo, ésta dejó de presentarse entre mis costillas sino que subió a mi pecho sacando de mi voz un grito gutural desde lo más profundo de mi alma.

—¿Qué más sabes? —mordí mi labio ante el dolor que penetraba todo mi ser y fue en aquel momento entre el dolor y el miedo que supe de lo que hablaba.

Todos conocíamos en el instituto al Sócrates aunque muy pocos éramos los que realmente sabíamos de quién se trataba. Luego de un par de segundos sabiendo que la respuesta estaba en mis labios no me atreví a decir su nombre real.

Sergio.

Los segundos pasaron y aquella tortura siguió sin detenerse por cada segundo que sucedía a mi silencio perpetuo.

Quise creer que soplando su identidad me sacarían de ahí, pero sabía que aquello no pasaría y simplemente metería en más problemas al novio de Alicia por lo cuál en contra de mis propios miedos me tomé un trago de valentía y acepté aquel castigo a sabiendas de que tendría que parar en algún momento cuando él se diese cuenta de que no sabía absolutamente nada sobre quién hablaba.

Un par de nombres desconocidos siguieron a sus gritos, pero solo me atreví a tomar la faceta de alguien que desconocía por completo lo que estaba

sucediendo lo cuál hizo que después de varias quemaduras el hombre finalmente me desatara de la silla sin el más mínimo control de su fuerza produciendo un tambaleo que casi me hace caer cuando me puse en pie.

Mis piernas intentaron quebrarse ante la poca fuerza que sentí en ellas, no obstante, no dejé de estar alerta en todo momento cuando finalmente escuché que me quitara la ropa y solo quedé en ropa interior sintiendo mis heridas profundas a fuego lento hasta que un chorro de agua llegó a mi ser dejándome aún más indefensa frente lo que estaba sucediendo.

El hombre solo rió por mi reacción al finalmente dejar que mis piernas cedieran en el piso mientras mis lágrimas seguían escurriéndose sin cesar, él me tomó del cabello para que me pusiera de rodillas, antes de golpearme con algo que me quitó el aire apenas tocó mi espalda.

Un par de golpes cargados con odio azotaron mi cuerpo dejándome en el suelo recogiendo mis piernas tratando de protegerme de lo que estaba sucediendo pero llegó un momento donde ya no pude escuchar su voz ni mucho menos sentir algo más que el dolor lacerante que rodeaba todo mi ser.

El silencio cubrió durante minutos quizás horas todo el lugar hasta que inesperadamente volví a escuchar los pasos de alguien acercándose y se me quitó la venda para ordenarme que me vistiera sin entender lo que estaba sucediendo pero no fui capaz de refutar nada y solo lo hice lo más rápido que pude hasta que el hombre alto me tomó del brazo y me llevó con un grupo de jóvenes que se encontraban en las mismas condiciones que yo.

Mi mirada comenzó a buscar inmediatamente a Alicia, pero no la encontré entre las mujeres que estábamos reunidas en aquella fila, hasta que mis ojos derramaron más lágrimas al encontrar el rostro lleno de miedo de Lauren quien no dudó en tirarse entre mis brazos asegurándome de que todo había pasado y que regresaríamos a su departamento.

Pero mi incomprensión no me permitió dar algún tipo de paso sin preguntar por mi amiga.

La pelinegra ladeó la cabeza ocultando un par de lágrimas inesperadas y

solo me hizo salir de aquel lugar hasta su auto donde fue la primera vez que la vi llorar produciendo un ocaso en sus ojos verdes.

—Lo lamento —dijo con su voz temblando mientras tapaba mi cuerpo con una manta y no soltaba mi mano—. He pagado por tu fianza apenas me he enterado —siguió trabándose con sus propias palabras demostrando cómo los nervios la consumían.

—¿Dónde está Alicia? —pregunté aunque de cierta forma tenía la sospecha de lo que ella me estaba ocultando.

Lauren volvió a negar mordiendo sus labios.

—He llegado muy tarde por ella —afirmó desencadenando un mar de lágrimas inevitable desde lo más profundo de mi corazón al no querer creer lo que me estaba diciendo—. No me han dejado ni siquiera ir por su cuerpo —concretó—. He tenido suerte de encontrarte aún —aseveró mientras yo solo podía pensar que hace tan solo unas horas la había escuchado reír, teniendo ilusiones de un futuro y ahora ya no quedaba nada de ella.

Lauren quiso abrazarme, pero yo me negué por lo cuál la ojiverde solo prendió el auto y comenzó a conducir mientras yo notaba como el cielo empezaba a teñirse de gris ante las gotas de lluvia que amenazaban la tranquilidad de este.

Fue en ese momento donde supe que a veces la lluvia solo es la demostración más pura de las lágrimas acumuladas.

Octubre, 1968

El cristal

Lauren

Los recuerdos de lo que había sucedido hace un par de días comenzaron a recorrer en cada centímetro de su piel mientras aquella escena era ambientada por la forma en que entre sus sueños, apretaba mi mano y el sudor que se acumulaba en su frente.

—Camila —susurré abrazándola para que se diera cuenta que solo eran pesadillas y que estaba conmigo siendo protegida con todo el amor que sentía hacia ella, sin embargo, aquello no funcionó y la morena solo se removió entre las sábanas sin abrir sus ojos—. Amor —musité besando su frente y sin dejar que su cuerpo no sintiera la capa de protección que trataba de activar sobre ella—. Mila, solo es un sueño, tranquila —murmuré despacio encontrándome con sus ojos oscuros llenos de desesperación lo cuál me hizo suspirar, ya que sabía a la perfección de que trataban aquellas pesadillas.

El problema era que no solo eran malos sueños sino que habían sido en algún momento una realidad que el tiempo no lograba sanar. Ella intentaba no hablar sobre ello a pesar de que le hubiese pedido repetidas veces que lo hiciera, debido a que sabía que aquellos momentos que se callaban son los que te atormentaban al no ver la luz entre ellos, no obstante, después de días con intentos fallidos finalmente decidí solo ofrecerle todo mi amor para que pudiese sanar aunque aún no mostraba mejoría alguna.

Sus lágrimas colapsaron mis sentidos cuando se dibujaron entre mi pecho y mi hombro mientras ella luchaba contra la realidad de sus pesadillas y el hecho de que estábamos a salvo en mi departamento.

Cicatrices inmutables decoraban su piel morena mientras que las que más le dolían se mostraban de forma permanente entre su mirada perdida y su constante silencio frente a lo que le sucedía.

—Te quiero —susurró ocultando su rostro sobre mi pecho y yo asentí sintiendo cómo mis lágrimas comenzaban a aparecer por lo rotas que sonaban

aquellas palabras aunque intentase repetírmelas para asegurarse de que no se encontraba en un sueño.

—Yo también lo hago —dije en un suspiro besando su cabello mientras su agonía comenzaba a desaparecer entre mis brazos y volvía a quedarse profundamente dormida tomada de mi mano.

Las cosas habían dado un giro inesperado frente a todo lo que había sucedido en aquella tarde eterna, no solo me encontraba con una chica totalmente lastimada a diferencia a la que llevaba amando desde que coincidimos en esta vida, sino que también tenía que lidiar con el hecho de que mi mundo había comenzado a solo girar en ella para no perderla ante la tristeza que cubría su mirada.

Cuando por fin pude asegurarme de que se encontraba envuelta entre sueños y no por pesadillas, me quedé observando cómo su cuerpo frágil se encogía ante mi tacto mientras las despedidas grises no dejaban de pintar su piel frente a un dolor profundo del cuál no podía devolver el brillo que había sido arrebatado de su mirada.

Suspiré intentado quedarme dormida a su lado, sin embargo, aquello fue imposible cuando el teléfono comenzó a sonar y ante la frustración de mis acciones por no poder quitar todas sus heridas, me levanté de la cama depositando un suave beso sobre su cabello y me dirigí hacia la sala donde se encontraba el teléfono rojo.

—Rodrick, ¿qué sucede? —pregunté con un suspiro carcomiendo mis labios ante la presión que siempre imponía mi mejor amigo hacia el hecho de que ya era hora de que volviéramos a casa, pero ahora más que nunca necesitaba quedarme al lado de Camila.

—¿Has decidido algo? —dijo antes que rodara los ojos por ello.

—Me quedaré con Camila —afirmé jugando con mis manos—. Ella me necesita, Rodrick —confirmé buscando el perfil de la castaña sobre la cama—. No puedo irme —decidí algo insegura ya que la ciudad se había convertido en un lugar ruin y que carecía de la belleza con la cuál él y yo habíamos deseado retratarla con nuestras cámaras.

—¿Estás segura de esto, Lauren? —refutó suspirando con su tono claro de enojo, pero ya no había vuelta atrás a mi decisión.

No había nada ni nadie que me importase más que ella.

—No, no lo estoy —me sinceré ya que el miedo que había desencadenado el atrancamiento que había sucedido en el instituto de bellas artes y en

distintos lugares de la ciudad donde se habían realizado redadas con el fin de sofocar el movimiento estudiantil a costa de muchos que eran inocentes. — Pero no puedo dejarla, Rodrick. Tú mismo has sido testigo de cómo están las cosas y... —suspiré amargamente recordando todas las noches que llevaba quedándome despierta cuidando los sueños de la morena—. Tendré que quedarme.

—Entiendo tu actitud con ella pero —fruncí el ceño ante esas palabras.

—¿Qué quieres decir? —refuté indignada por su respuesta.

—De que en algún momento tienes que volver a la realidad donde tienes un trabajo y una vida más allá de la que has creado los últimos meses con ella —afirmó y aunque no estuviese conmigo, lo conocía tan bien que podía ver cómo tenía el ceño fruncido y pasaba sus manos sobre su cabello rojizo. — ¿Vas a dejar toda tu vida por algo de unos meses? —preguntó y yo solo rodé los ojos.

—Me quedaré, la decisión ya está realizada —confirmé.

—¿Y qué harás?, ni siquiera tienes tu cámara de fotos cómo para vivir de ello, ya que la empeñaste para lograr pagar su fianza.

—¡Lo sé! —exclamé enojada por su insistencia—. ¿Qué hubieras hecho en mi lugar?, probablemente la iban a asesinar junto a todos los que tiraron en una fosa común ese día —respondí sintiendo mis lágrimas quemar mis mejillas ante el miedo que había roto mi cordura aquella tarde apenas me había enterado que Camila se encontraba detenida.—¿Por qué te cuesta entender que ella me necesita?.

—Porque me preocupo por ti, Lauren —gritó perdiendo su compostura—. Estás conviviendo con una chica que está fichada por la policía y que torturaron para que dé información. ¿Quién en su sano juicio dejaría a su mejor amiga a su suerte en un país extraño dónde no importa si te asesinan o no? —me regañó esperando alguna respuesta de mi parte, pero aquello no sucedió cuando me encontré frente a Camila escuchando toda la conversación.

—No me iré, Rodrick —dije finalmente antes de cortar la llamada—. No sigas insistiendo.

—Él tiene razón —murmuró mientras yo me acercaba a ella para abrazarla—. No es seguro que te quedes aquí, tú ni siquiera tienes que ver con el movimiento.

—No te dejaré aunque me lo pidas de rodillas —aseveré acariciando su

cabello—. Me necesitas tanto como yo te necesito —Camila se quedó en silencio antes de sentir sus lágrimas sobre mi blusa.

—¿Vendiste tu cámara por mí? —preguntó entre susurros y yo asentí amargamente, ya que en aquel momento me había encontrado sin más opciones que vender la última cámara que mi madre me había regalado para mi cumpleaños.

Era una de mis favoritas y aunque prácticamente la había dado a un precio que parecía ser un regalo más que una venta de verdad, no había ningún tipo de culpa en mí ya que sabía que si no lo hubiera hecho, ella ya no estaría más conmigo.

—No debiste hacerlo —musitó consumida por su propia pena.

—Lo hubiera hecho una y mil veces más, amor —confesé tratando de comprender su dolor pero jamás lo haría porque yo no había sido parte de todos a los que se les había violentado solo por la existencia de un gobierno que no servía.—Por ti haría cualquier cosa —tomé su mano antes de besarla y ella solo posó sus brazos sobre mi cuello dejando que mi corazón latiera más fuerte ante su cariño que se mostraba tan roto que solo me producía un dolor permanente dentro de mí.

—Tengo miedo —musitó a mi oído y yo asentí, porque la entendía—. Tengo miedo de que te suceda cualquier cosa por mi culpa —agregó entre lágrimas—. Es más fácil saber que estás lejos, pero que te encuentras bien al hecho de que estés en un peligro constante conmigo —yo negué ante lo que ella me iba a decir, porque lo veía venir.

—No me iré, Camila —contesté firme acariciando sus mejillas mientras mis dedos quitaban sus lágrimas latentes—. Te quiero más de lo que he hecho con alguien más y sé que eres la persona correcta —finalicé con las palabras que jamás pensé en pronunciarle a nadie—. Antes de ti ni siquiera pensaba en que estaría con alguien acompañando mis sueños y hoy solo sé que no podría vivir sin pintar los míos con tu mirada de cada mañana. Me has desnudado el alma como jamás le he permitido a nadie más y aunque me cuesta creer que no te hayas marchado solo puedo agradecerte por existir y permitirme amarte.

—Te amo —confirmó pintando mi cielo del color de sus ojos en mi habitación —. Pero no quiero hacerte daño, no me perdonaría que te sucediera algo —refutó en un suspiro—. He estado pensando los últimos días sobre Alicia — confesó dejándome atónita ante el hecho de que no había

tocado el tema ni siquiera cuando el novio de su amiga se lo había pedido por lo cuál solo asentí sentándome en la cama en espera de sus palabras.

Camila se recostó sobre mis piernas mientras sus ojos se perdían entre sus propios recuerdos de aquella tarde.

—No pude ser capaz de comentarle a Sergio de que ella estaba embarazada —afirmó llenando sus pupilas de lágrimas que no se expresaron—. ¿De qué servía llenar de más frustración y tristeza su vida? —comentó y yo asentí, ya que recordaba a la perfección el dolor que el chico contuvo durante toda la pequeña ceremonia que el grupo de teatro le dio a ella y a los otros chicos que habían sido asesinados aquella tarde y que ni siquiera habían tenido una sepultura digna ya que la policía los enterró en una fosa común.

—Era mi mejor amiga y no fui capaz de decirle lo importante que era en mi vida ni tampoco pude decirle todo lo que ella merecía escuchar antes de morir de una forma tan cruel —continuó tocando mis fibras más sensibles ante el triste testimonio que me ofrecían sus palabras—. Pero estoy segura de que la mejor forma de demostrarle lo importante que fue en mi vida es demostrándole que no voy a dejarme intimidar por lo que está sucediendo.

—¿A qué te refieres? —pregunté frunciendo el ceño sin entender lo que estaba diciendo.

—Quiero ir a la marcha de hoy, Lauren — manifesté y yo solo me atreví a dar un no rotundo a aquella propuesta.

—¿Acaso enloqueciste? —pregunté sin entender la razón por la cuál se exponía de esa forma, pero ella parecía demasiado decidida frente a lo que me estaba diciendo.

—No me gané estas cicatrices por nada, Lauren —argumentó en un suspiro—. Y no me voy a quedar en la cama luchando contra mis propios demonios, no voy a permitir que mi mejor amiga haya muerto por nada —sentenció mirándome con una seriedad que jamás había visto tras sus ojos—. Iré con o sin ti —finalizó poniéndose de pie y aunque intenté que entrara en razón repitiéndole que esto era una locura, no pude conseguir nada en contra de su voluntad y decidí que solo me quedaba como opción acompañarla a sacar sus propios demonios ante la injusticia.

—No te dejaré ir sola —concreté encogiéndome de hombros y ella sonrió regalándome la primera sonrisa que le descubría en días, antes de que finalmente me besara dejando todas mis sensaciones a flor de piel.

Definitivamente no había duda alguna que con todos sus defectos,

demonios y pecados; ella era la correcta.

Llevaba varios meses en México y jamás había visto un mitín tan grande como el que se reunió en la plaza de las tres culturas.

Las calles estaban atestadas de jóvenes, trabajadores y en sí todo el mundo que realmente quería un alto a todo lo que estaba sucediendo a diario en sus narices.

Ya no era tan solo un movimiento estudiantil, se había vuelto una verdadera revolución que no iba a detenerse hasta que finalmente les dieran lo que ellos merecían. Sin embargo, lo que más me sorprendió es la forma en que aquella chica tímida que había conocido hace tan solo un par de meses había dejado de serlo y entre esa muchedumbre se mostró como el claro ejemplo de que estaba lo suficientemente destrozada para no quedarse callada frente a las injusticias que habían realizado hace tan solo unos días.

Tomé su mano para que supiera que la iba a apoyar en todo lo que hiciera y con nuestros gritos al aire dimos inicio a la huida de nuestros propios miedos y nos convertimos en una sola con el resto.

—Te amo —me susurró mientras dejábamos que nuestra alma fuese libre detrás de todo el sufrimiento que llevábamos acarreado.

—Yo también lo hago —dije apretando con mayor fuerza su mano, ya que era uno de los pocos actos que nos tenían permitido en público.

Mientras transcurrían los minutos, las calles se vistieron con sus mejores galas de cambio donde cada persona intentaba expresar su descontento frente a lo que sucedía.

Algunos simplemente lloraban por la emoción, otros solo sonreían sin creer que estaban siendo parte de algo que probablemente cambiaría la historia y luego estaban otros como yo que solo podía fijarme en la felicidad que comenzó a enmarcar el rostro de la morena.

La tarde comenzó a descender mientras notaba cómo algunos de los que marchaban llevaba una cinta blanca entre sus muñecas por lo cuál no dudé en preguntarle a Camila la razón de ello, pero no me ofreció ninguna respuesta ya que no lo sabía.

Sin embargo, aquellos marchantes dejaron de llamar mi atención cuando sentí las caricias en mi brazo de parte de la castaña, encendiendo mi piel ante el hecho de que llevaba mucho tiempo extrañando el calor que ella siempre me había ofrecido y que había desaparecido después de esa tortuosa tarde.

Nuestras miradas no dejaban de jugar a las escondidas frente a un

escenario de libertad absoluta, sabía que sus recuerdos la acosaban, no obstante, también sabía que de cierta forma estaba saldando la deuda que ella creía que tenía con su mejor amiga.

Nuestras manos no dejaron de unirse mientras seguíamos avanzando por la calle entre medio de todos los gritos subversivos que habían silenciado durante mucho tiempo.

Un par de lágrimas rodearon mis mejillas ante ello mientras notaba cómo aparecían nuevas personas con guantes blancos dirigiéndose hacia el edificio donde se encontraban los oradores moviendo a la masa a través de sus discursos.

Sin embargo, mientras la plaza seguía acoplando cada vez más personas, llegó un punto de quiebre donde dos bengalas fueron disparadas desde una torre iluminando el cielo del color rojo dejándome atónita ante el hecho de que no entendía el porqué de ello, pero Camila logró quitar mi atención cuando me señaló que el novio de su amiga se encontraba a tan solo unos pasos y entre miradas solemnes de ellos dos solo pude observar la tristeza que los conllevó a una abrazo silencioso de aquellos que se dan cuando las palabras están demás.

—Camila —susurré a su oído para llamar su atención—. Creo que debemos irnos —dije frunciendo el ceño ante la inseguridad que me daban aquellas bengalas que hace poco habían tomado el color del cielo pero antes de que pudiéramos decir algo más, el sonido de un helicóptero volando sobre las cabezas de todos los que nos encontrábamos en la plaza fue lo único que nuestra vista pudo vislumbrar cuando volvieron a tirar dos bengalas pero esta vez, éstas tenían un color rojo y uno verde dando inicio a una lluvia de balas y de gritos de desesperación frente a ello.

No supe en qué momento nos perdimos entre las olas de personas que corrían despavoridos en contra de las balas y de los militares que no dudaron en repartir golpes y balas contra nosotros.

Con el miedo consumiendo mi vista pude ver cómo aquella lluvia de plomo hizo que varios de los que antes se habían encontrado a tan solo unos pasos de mí, se encontrasen en el piso gritando por el dolor y la sangre comenzaba a pintar las calles con su intensidad.

Busqué desesperadamente a Camila hasta que la pude encontrar con Sergio siendo protegida por la cubierta de un auto.

Ambas nos miramos intentando explicar lo que estaba sucediendo, pero

no encontramos la respuesta a ello hasta que con el temor dirigiendo mis acciones finalmente pude alcanzarlos protegiéndome de aquella sangrienta hazaña.

—No nos pueden matar a todos —dijo el chico mientras su respiración era forzada por la sorpresa que nos había llevado el comienzo de la turbulencia.—Mi departamento queda unas calles más abajo —prosiguió mientras yo me mostraba completamente aterrada y con mi mano derecha descubrí que mi blusa se encontraba manchada de sangre, descubrimiento que tuve miedo de confirmar si era mía o no hasta que Camila socavó un grito lleno de temor que me hizo confirmar mis sospechas.

—Estoy bien —contesté rápidamente sintiendo cómo mi blusa comenzaba a colorearse de rojo mientras el efecto de la adrenalina que había hecho que no notase el disparo se dispersaba y dejaba el dolor profundo de aquella herida.

Camila alzó mi blusa mientras Sergio intentaba buscar ayuda de alguna forma en aquel apocalipsis.

Sus dedos contornearon mi herida y sin decir ni una sola palabra rompió un poco de tela de la falda de su vestido para vendar mi herida lo cuál me hizo sisear del dolor que estaba comenzando a explorar todo mi abdomen.

—No pasa nada, mi amor —susurró concentrada en lo que estaba haciendo pero yo podía notar cómo se sentía intimidada por sus propias lágrimas. —Pronto saldremos de aquí —yo solo asentí y pedí que se acercara para que me abrazara a lo cuál ella no expuso ningún tipo de reclamo.

Cerré mis ojos intentando no pensar en el dolor que estaba comenzando a traspasar mi fuerza de voluntad, sin embargo, los minutos que pasamos esperando detrás de aquel auto se sentían eternos y el sol había descendido plantando la noche más fúnebre que había visto dónde el olor a muerte se respiraba a grandes bocanadas.

—Ya podemos salir —gritó el chico de cabellos negros para que nos paráramos, no obstante, cuando intenté ponerme en pie solo sentí cómo todo se movía ya que me sentía mareada—. ¡Mierda! —escuché decir mientras sentía las manos de Camila tratando de sostener mi cuerpo.

Todos mis sentidos colapsaron ante lo débil que me sentía, probablemente por toda la sangre que estaba saliendo de mi herida, pero no podía dejarme vencer ni mucho menos atreverme a cerrar los ojos.

—Te quiero mucho —susurré buscando la mano de la castaña, quien me

dio un cálido beso en mi frente.

—Yo te amo —afirmó acariciando mi cabello intentando que no perdiera el control mientras Sergio me llevaba en brazos hasta su departamento. —No te puedes ir —reclamó finalmente mientras mis párpados bajaban sus persianas de a poco a pesar de que trataba mantenerlos totalmente abiertos. —Vas a estar bien —murmuró con un par de lágrimas atragantadas. —Vamos a estar bien —asentí con las pocas fuerzas que aún me quedaban y traté de pensar en cualquier cosa que no estuviese relacionada con el dolor que sentía en aquel momento.

No fui consciente del momento en que logramos llegar al departamento de Sergio, pero si pude sentir el cambio de ambiente y cómo mi espalda se acomodaba en un sillón mientras Camila comenzaba a limpiar mi herida, buscando con desesperación la bala mientras el chico de camisa blanca que ahora se encontraba totalmente manchada por mi culpa, se quedó en la puerta asegurándose de que nadie entrara.

—¿Te he dicho lo guapa que eres? —pregunté riendo por ello, ya que mi cabeza comenzaba a dar vueltas.

Camila no dijo nada, porque estaba poniendo toda su concentración en mi herida pero seguí hablando para no perderme ante el dolor y debilidad profunda que sentía.

—Eres la mujer más hermosa que he visto —dije suspirando sintiendo la quemazón que produjo el alcohol sobre mi abdomen y aunque resistí mis quejas, éstas finalmente aparecieron entre lágrimas llenas de pavor consumido ante la idea de no volver a perderme en aquellos ojos oscuros que tanto amaba. —No sueltes mi mano —susurré con inquietud, sin embargo, la morena solo besó mis labios mientras acariciaba mis mejillas.

—Vamos a estar bien —murmuró sin soltar mi rostro—. No voy a soltarte —otro beso llegó a mis labios sacándome una sonrisa llena de amor que solo iba hacia ella.

—Nunca fui romántica —aseveré parpadeando para no cerrar mis ojos ante el miedo que me atacaba al pensar no llegar a tener las fuerzas suficiente para volver a abrirlos—. Pero contigo fue algo más que necesario —argumenté sintiendo en mi rostro las lágrimas de la morena—. Eres lo mejor que me ha sucedido.

—Y tu lo mío, pero no pasará nada —reafirmó quitando sus lágrimas—. ¡No puedes dejarme! —exclamó temblando.

—No lo haría ni en esta ni en mil vidas más —sugerí sintiendo cómo mis palabras pesaban lo suficiente como para no dejarme seguir hablando. —Te amo, no lo olvides —refuté sintiendo cómo mis fuerzas se desvanecieron y con una sonrisa penetrante, el primer recuerdo de ella se convirtió en mi más fiel acompañante en aquel túnel sin luz.

ÍNDICE

QUIMERA

Dedicatoria

Tormento

Antes de ti

Primaveral

Invéntame

El cristal

ÍNDICE